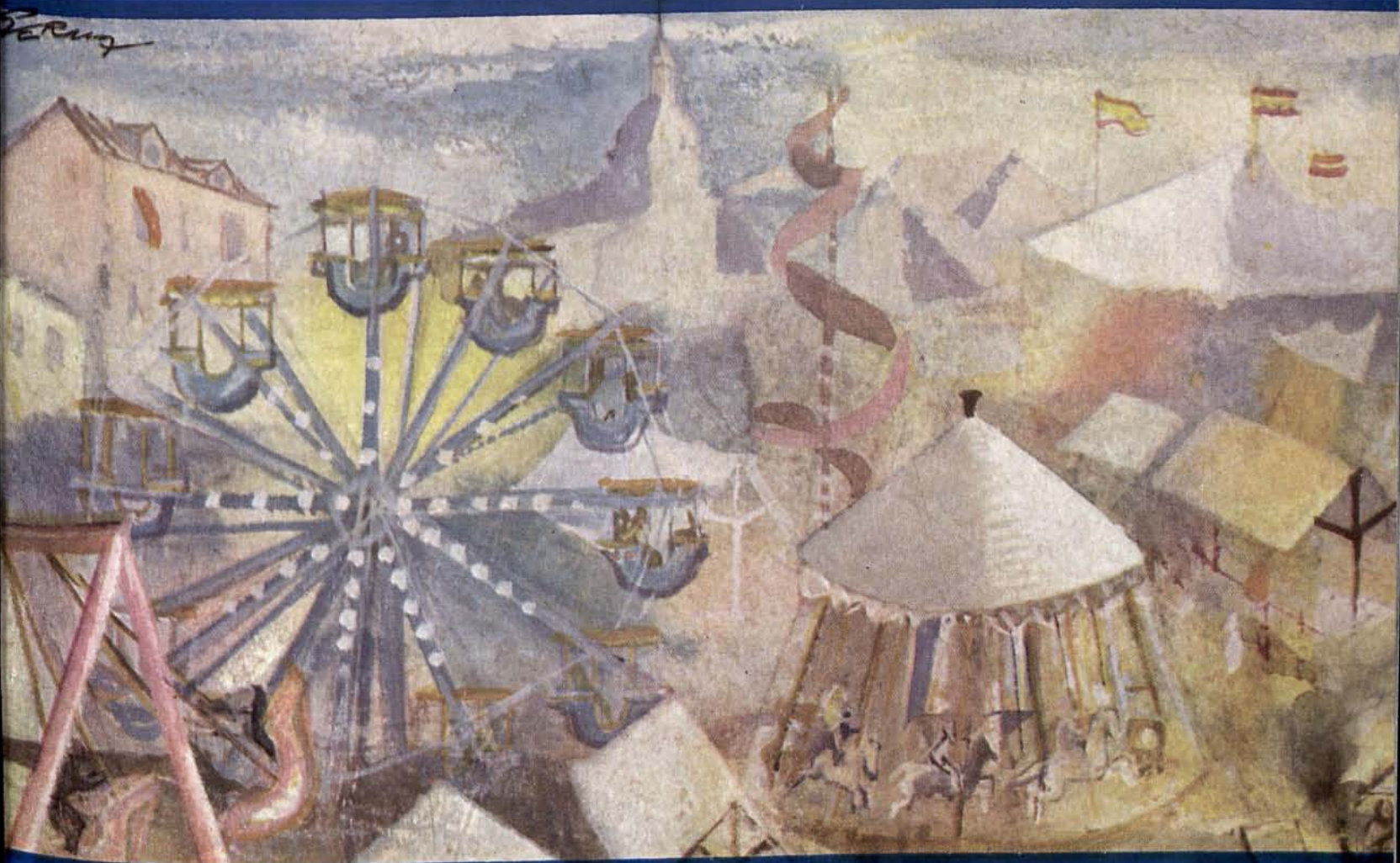


23

VILLA *de* MADRID



REVISTA DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO

AÑO I

Ayuntamiento de Madrid

NUM. 3

VILLA *de* MADRID

REVISTA DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PLAZA DE LA VILLA

CENTRO DE ESTUDIOS
MUNICIPALES
ANTONIO MAURA

Precio del ejemplar: 40 pesetas.

SUSCRIPCIONES:

Semestre 120 pesetas.

Año 240 »

Tel. 48 18 29

M A D R I D

AÑO I

NUM. 3

SUMARIO



Editorial.

Recuerdo del Verano.

El Verano de ayer. F. Serrano Anguita.

Soledades del Verano y el

Otoño. Manuel Pombo Angulo.

La previa reforma interior. Enrique de
Aguinaga.

Tipos de Madrid. F. Bonmatí de Code-
cido.

Otoño. Juan Ramón Jiménez.

Porcelanas del Retiro. María Luisa He-
rreira.

El Cuaternario en Madrid. V. Carre-
dano.

Las ciudades satélites.

Teatro al aire libre. Adolfo Prego.

Deporte. Lino de Pablo.

Vida de la Corporación.

PUERTA DEL SOL

Los concejales opinan.

Bibliografía.

Piso Bajo. Ramón Gómez de la Serna.



Editorial

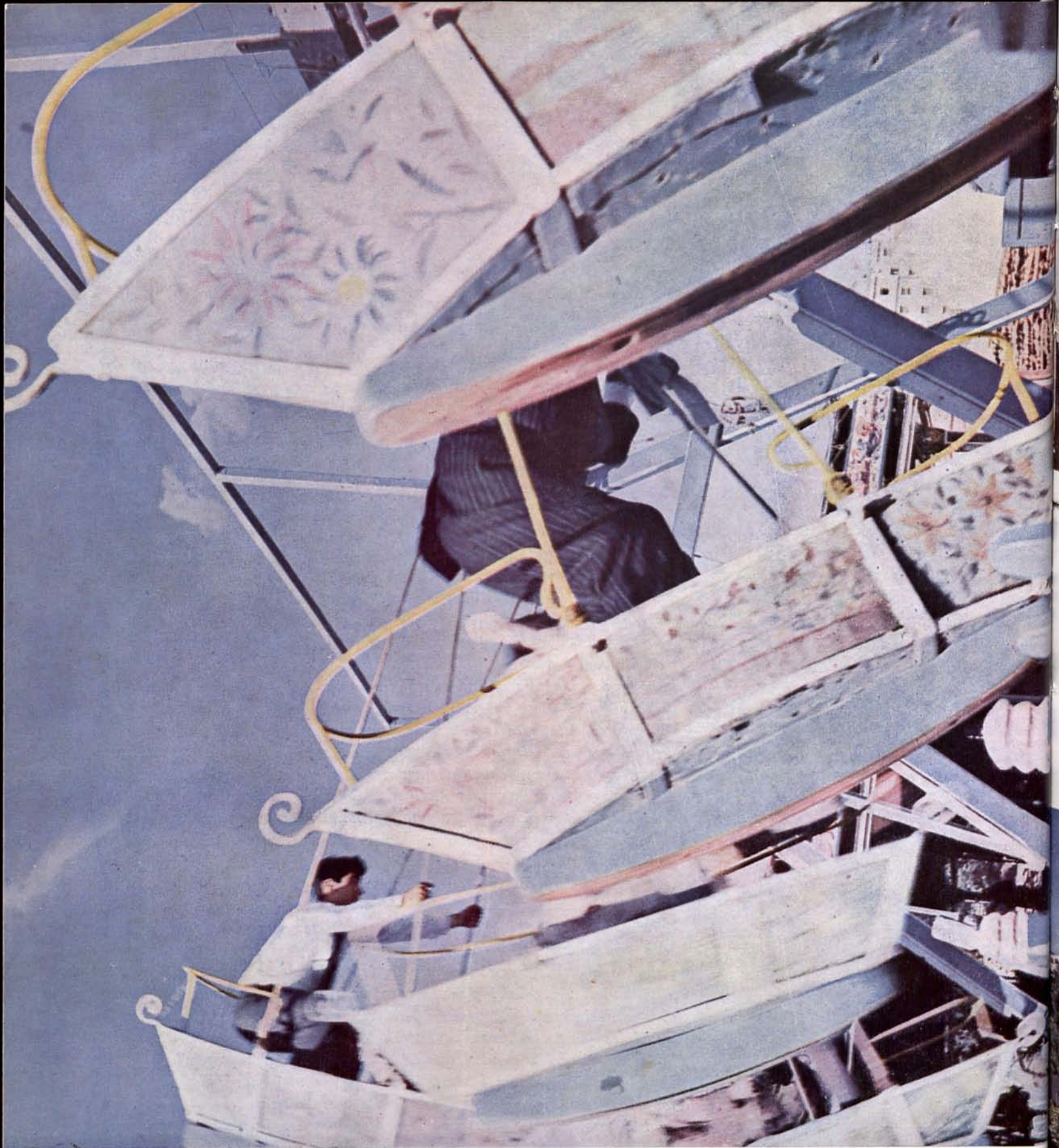
CARA al invierno, este paréntesis de verano y otoño nos ha servido, como a tantos españoles, para animar fuerzas y reflexionar problemas. Quizá el descanso —como el ocio de Tien-Sin— nada sea si no es ilustrado. El espacio de los meses alegres y soleados ha podido servir, cuando menos, para iluminar el futuro con el que de nuevo nos enfrentamos ahora, cuando el cielo se nubla algo más y la realidad no tiene ya disculpa para ser desplazada al veraniego "hasta mañana".

Los problemas del Ayuntamiento de Madrid son graves, de apremiante envergadura y urgencia. Una capital vieja, cuyo urbanismo no fué previsto para su normal desarrollo, cuanto menos para el incremento desmesurado de los últimos años; una red de transportes insuficientes y, sobre todo, un crecimiento sin pausa, que trae a nuestra capital cada año miles y miles de foráneos procedentes de los cuatro puntos de la Península, hacen necesarias, para esta situación extremada, medidas que lo sean también. Creemos que nadie negará esta realidad, acentuada por los precedentes que pesaron y pesan sobre el desarrollo de toda nuestra nación.

En efecto; Madrid, quizá más que ninguna otra ciudad española, sufrió el martirio de nuestra guerra civil y las posteriores consecuencias de una situación internacional injusta a todas luces, pero no por ello menos perjudicial. Hubieran sido favorables, y todavía la recuperación de las heridas de la guerra fuera lenta y trabajosa: en un medio hostil, con el tesoro esquilnado, las importaciones reducidas y el crédito prácticamente reducido a cero, el resurgimiento de Madrid debió tropezar con enormes dificultades. Y si Madrid, pese a todo, resurgió bajo el mandato providencial de Francisco Franco, no es de extrañar, sin embargo, que aún queden múltiples facetas no rematadas; problemas que surgen cada día aquí y allá; una situación general que, si parece milagro comparada con la que Madrid debió afrontar apenas liberado, pide mejora rápida, pasados ya los años, cuando todo vuelve felizmente a sus cauces.

Por esto, el excelentísimo señor Alcalde, en representación del Ayuntamiento que preside, ha solicitado una ley especial en la que se establezca un régimen de más dilatadas características, flexible y amplio, que permita resolver, para el presente y el futuro, los problemas de Madrid gran capital; de Madrid, corregido de sus defectos de hoy, y dispuesto para que, dentro de lo posible, no se repitan mañana.

He aquí con lo que nos enfrentamos al comenzar este año municipal 57-58. El Gobierno tiene en estudio la ley especial. Esperemos con fe —y sin demasiada pausa— sus resoluciones.

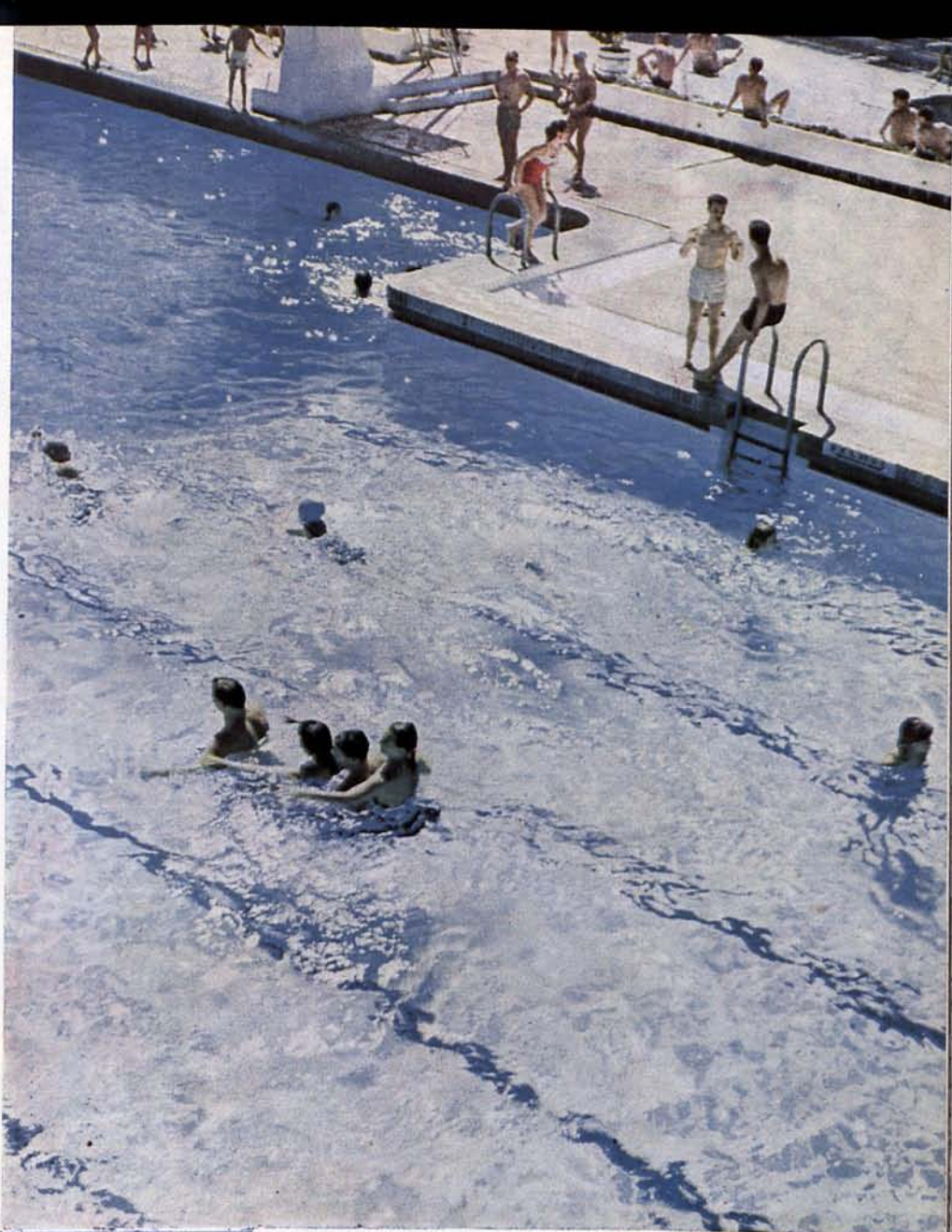


RECUERDO DEL VERANO

A HORA que la nieve se entra por la Sierra y que en las prensas de esta Revista se imprime el número de Navidad, es grato volver la vista atrás y repasar el descanso y la alegría del verano; la vuelta, un poco lenta y perezosa, del otoño. Si este número ve luz fuera de los días luminosos y cálidos del verano que acaba y el otoño que se inicia, es para darle una voluntaria e



ineludible perspectiva; para volver a la alegría del agua, al bullicio de las fiestas, a las rosas que estallan y a las barcas que navegan por el cielo de la feria. Para pensar que, si todo tiempo pasado no fué mejor, aquel que se nos ha ido, hace apenas dos meses, tenía unos encantos que van desde la cita en la piscina al conclave en la verbena, desde el idilio bajo la estatua de Alfonso XII hasta esa flor que crece en las laderas del Parque del Oeste, y que, como la de Juan Ramón, no se puede tocar.





EL VERANO DE AYER EN MADRID

EVOCACIONES DE UN CRONISTA

A sí como el verano madrileño llega ahora cada vez más tarde, a fines del siglo XIX y principios del actual parecía adelantarse, o lo adelantaba el vecindario, hartos de las molestias invernales. Antes de que despuntase la primavera disponíanse muchos a recibir al estío. Las chicas guapas habían elegido la fiesta de San José para despojarse de los abrigos de paño, los boas y los manguitos de piel y los sombreros de castor o de terciopelo con las rizadas plumas que llamaban «amazonas», y ponerse las pamelas de paja de Italia y los vestidos de «foulard» y batista, sin olvidar las blusas de manga corta y generoso escote. A veces tiritaban las pobres nenas, porque no siempre la temperatura iba de acuerdo con el

calendario; mas ellas resistían heroicamente, sin renunciar a sus galas. Todo podía soportarse con tal de oír frases como la de un buen albañil que viajaba en la plataforma de un tranvía y le dijo al cobrador, viendo subir a una moza juncal de las que andaban pidiendo guerra:

—Ya empiezan a soliviantarnos las chavalas éstas con las blusitas éstas...

Los hombres, más prudentes, aguantaban hasta el Dos de Mayo. En la fiesta patriótica, celebrada entonces con alborozo y solemnidad, solían cambiar el hongo o el «frégoli» por el «canotier» veraniego. Los niños estrenaban sus bateleras, con el «Carlos V», el «Pelayo» o el «Isaac Perab» en letras de oro sobre la cinta de seda. Era como si estallase una floración amarillenta y barnizada, para alegrar las calles de la villa. Había toros en la plaza de la carretera de Aragón, novillos en la de Carabanchel y bailoteo en las Ventas, en los Viveros y en el Partidor, y todo tenía un aire bullanguero y jovial, que estaba exigiendo música de Chueca.

Los puestecillos donde vendían cascajo, dátiles y pan de higos durante el invierno, transformábanse en aguaduchos, con las grandes garrafas para la horchata, el limón «helao» y el agua de «cebá». Al mismo tiempo, los estereros arrinconaban moquetas, espartos y «cordelillos», dedicándose también al negocio de horchatería hasta que se anunciase el otoño. Por último, los cafés disponían su escenografía estival. Las estufas eran reemplazadas por los ventiladores; recubriánse con dril los divanes de rojo velludo; las botellas de barro sustituían a las de cristal, y los macetones de evónimos y pinos de bola completaban el decorado. En algunos locales, una fuentejilla con surtidor contribuía a hacer más grato el ambiente.

Tras el severo paréntesis de la Semana Santa, el Sábado de Gloria servía de heraldo a las delicias del verano. Mr. William Parish inauguraba su temporada internacional de circo, anunciándola en carteles de doble ancho, impresos en papel de franjas multicolores, con vistosos cromos en los que se reproducían los números más emocionantes, y con la nota cosmopolita de las advertencias redactadas en varios idiomas: «Todas las noches, a las 9,30»; «Tous les soirs, 9,30»; «Every night»; «Alle abende um»... Y la galante ofrenda a las damas: «Las señoras pueden asistir con sombrero»; «Ladies are not required to remove their hats»...

Pero de esto del circo se ha de hablar luego.

·LAS BODAS DE RUMBO Y LA «ISHRADA»

Con el buen tiempo surgían las bodas de rumbo. Entre chasquidos de trallas y cascabeleo de collarones, las ruidosas góndolas cruzaban las calles, camino de la Bombilla: el Campo de Recreo, Lázaro, «La Huerta» o la Casa de Juan. Sucédíanse, al pasar, los vítores, las risas y los aplausos:

—¡Vivan los novios!

—¡Viva el padrino!

—¡Viva el señor Sandalio!

—¡Viva ese tío gordo que va por la acera!—gritaba el chirigotero de turno.

Y, a continuación, la copla clásica, tantas veces oída:

¡Vivan la novia y el novio,
y el cura que los casó;
el padrino y la madrina,
los convidados y yo...!

Aquellas bodas eran cosa grande. La desposada —mantilla negra y un ramo de azahar en el que se diría que iban a cuajar las naranjas— aguantaba guasas de las amigas y pullas picantes de los más osados. El cónyuge, con el bombín sobre las cejas y atusándose el bigotillo, disimulaba su azoramiento con guiños que pretendían ser maliciosos. El padrino repartía puros de real y ponderaba la esplendidez del almuerzo que les tenían dispuesto. Y, ya en el merendero, mientras guisaban el arroz, no pocas parejas se perdían a orillas del humilde Manzanares, para soñar con el día feliz en que fuesen protagonistas de un festejo análogo. Después de la comida venían el cante y el baile, sucedíanse en el organillo chotis, habaneras y pasodobles, y todavía quedaban ánimos para renovar el griterío y la bullanga en el retorno...

Así avanzaban los días hacia la semana del Santo Patrono. Volcábanse los «isidros» sobre Madrid, en los trenes «botijos» con billetes de ida y vuelta a precios baratísimos. Nunca se presentaban con las alforjas vacías, sino trayendo en ellas los regalos de ritual —un par de pollos, un puchero de arrope o una docena de huevos—, con lo que se creían autorizados a insta-



larse en la casa del pariente, o del amigo, o de los señores a quienes sirviese la hija. Los obsequios valían muy pocas pesetas, y el forastero resultaba siempre ganancioso, por mal alojamiento que le ofreciesen, y aunque las distracciones fuesen escasas. Por lo menos, veía alguna zarzuelilla de teatro por horas, sin perderse, naturalmente, la «pólvora», la parada en Palacio y el descenso de la bola del reloj de Gobernación. Con esto y con ir a la Pradera a comer rosquillas de Fuenlabrada, a beber el agua milagrosa y a comprarse un pito con flores de papel, los palurdos volvían a sus lares convencidos de que corrieron una juerga...

DE LA «COLA DEL AGUA» A LAS VERBENAS

Y ahora sí que llamaba el verano a nuestras puertas. Avisábanlo el bochorno del aire, la fuerza del sol... y la «cola del agua» en las fuentes públicas, porque a las de los pisos no llegaba el líquido, o salía con un sorprendente color de barro. Dicha «cola» era, desde luego, muy pintoresca. El clásico grito de «¿Quién da la vez?» solía ser prelude de alguna batalla en la que «menegildas» y comadres se disputaban los puestos de la fila y concluían arañándose con las uñas o con las horquillas sujetas entre los dedos crispados, y haciendo trizas cántaros y botijos. El espectáculo era de lo más castizo, desde luego. Sin embargo, yo no quisiera que volviese, como no deseo que vuelvan el alumbrado de petróleo ni los rechinantes «ripperts» de Oliva.

Por otra parte, ya apenas si queda en los Antiguos Viajes la que denominábamos «agua gorda», que era la que se buscaba en épocas de escasez. Ahora todos conocemos las excelencias de la del Lozoya, libre de aquellas «turbias» durante las cuales manaba de los grifos una especie de chocolate de hospedería económica. Recuerdo que, al instalarse mi familia en Madrid, apenas entramos en la fonda en que nos alojaríamos los primeros días, pidió mi madre un vaso de agua y le sirvieron un bebistrajo de matiz acanelado, que ella rechazó, diciendo:

—No; un refresco, no. Agua clara, que es lo que mejor quita la sed.

—Agua es, señora —contestó la sonriente doméstica—. Lo que pasa es que viene como si le echaran la drillo en polvo.

Mas no evoquemos cosas desagradables. ¿No es mejor recuerdo el de las deleitosas mañanas del Retiro? Nadie que gozara de ellas podrá olvidarlas. Se reunían en la plazoleta del Pino las pandillas de chicas de oficio —custodiadas por las vigilantes mamás— y de mancebos de covachuela, de trastienda o de menestralería, para gozar del aire oloroso o resina, a tierra húmeda y a flores recién abiertas, y para hacer diabluras en los juegos del viudo y del nabero, de la comba y del escondite, de «primera sin tocar» y de la gallina ciega, del «ratón y el gato» y de «A la víbora del amor». De allí salían cortejos y amoríos, aventuras pasajeras y compromisos que alguna vez terminaban en bodas como he citado antes... Y tampoco estaría mal que pensásemos en las reuniones caseras, con música de arístón, bollos y «petisús» de «La Ceres», y copas de anís y de crema de café; en la procesión del Dios Grande y en la del Corpus; en la misa dominical de las Calatravas, a las doce, y en el paseo, antes del almuerzo, por el «Pinar de las de Gómez»; la acera desde San José hasta el

Ministerio de la Guerra; en las jiras campestres, en las gozosas excursiones a Aranjuez, a El Escorial o a La Granja... Y en las verbenas.

EL MADRID VERBENERO DE ANTAÑO

No se habla, naturalmente, de las verbenas de hoy, ni tampoco de aquellas que se iniciaron en el siglo XVII, con la organizada por el Conde-Duque de Olivares, la noche de San Juan de 1631, para entregar a Felipe IV las llaves del palacio y del teatro del Buen Retiro, que acababan de edificarse. Eligiéronse los jardines de las residencias del duque de Maceda, el de Monterrey y el del marqués de Carpio, a lo largo del Prado de San Jerónimo en su ala derecha, que hoy va del Banco de España al Alemán Trasatlántico. Sobraba espacio, pues para que los invitados bailasen, o se distrajesen por glorietas y bosquecillos.

Los tres parques se hallaban iluminados por millares de farolillos pendientes de floridas guirnaldas. Hubo cuadrillas de músicos y danzantes, y bulliciosas mascaradas en las que intervinieron damas y caballeros de la nobleza, luciendo ricos disfraces. Iban y venían pajes y galopines, que ofrecían refrescos y platillos de dulces, y de madrugada sirvieron una opípara cena, con delicados manjares y con el mejor vino de las bodegas del Alcázar. Se montó un escenario en el que se representaron comedias de Lope de Vega, Quevedo y don Antonio Mendoza, cosa que a los reyes les agradó mucho. Fuéronse al amanecer, y entonces concluyó la zambra: pero los asistentes, por disipar los vapores del alcohol y el aturdimiento de la zarabanda y el quebradillo, prolongaron el holgorio discurriendo por el Prado hasta que el calor les hizo ir en busca del reposo.

No es fácil que se repitan verbenas como la de 1631, ni como las que preparaba más tarde el Conde-Duque en el Buen Retiro, siempre con ánimo de halagar al monarca. Las que llegaron a nosotros, y que hoy están en decadencia, fueron las populares, iniciadas con la de San Antonio, para seguir con las de San Juan y San Pedro, el Carmen, Santiago, San Cayetano, San Lorenzo y la Paloma, y rematar en la de la «Melonera». Casi todas caminan hacia el ocaso, por más que los tenientes de alcalde, ayudados por industriales y comerciantes dardivosos, y por los entusiastas vecinos de cada zona, procuren devolverles el antiguo esplendor.

Si la de la Florida conserva cierta brillantez es porque tiene un hermoso marco, y porque se hizo mucha literatura en torno de ella, quizá abusando una chispita de Goya, de las duquesas, de los majos de plante y de las manolas de trapío. Algo parecido les ocurre a las de los barrios bajos, y, más que a ninguna, a la de la Paloma. Los madrileños no quieren traicionar a la Susana, a la Mari-Pepa, a la «señá» Antonia, a Julián, a Felipe ni a don Hilarión. La de Santiago desapareció hace tiempo, y las otras no hay quien las reanime; ni las del Prado, que ahora se celebran en el paseo de Atocha; ni la de Chamberí, desterrada a los Nuevos Ministerios, ni la de los melones, pese a que ésta quiere aletear un poco, muy lejos ya de las Vistillas.

La verdad es que nuestras verbenas típicas eran simplemente ferias de barriada, sencillotas y familiares. Bailaba la gente joven, tejían nostalgias las comadres y los abuelos, y travesaban los pequeños en el tío-vivo y los columpios. Luego quiso el festejo tener más ríngorranos, y, en vez de los tres días tradicionales, du-



EL ENCANTO DE LOS PREGONES

raba dos semanas. Los modestos «salones» que se establecían en cada calle con una cerca de tablas, veinte metros de cadeneta y el alumbrado «a la veneciana», fueron derrotados por las «kermesses» pomposas, aparatosas y estrepitosas. Los primitivos caballitos cedieron el paso al «carroussel» monumental, a la ola giratoria, al tubo de la risa, a las pistas de automóviles eléctricos, al molino gigantesco y al artilugio volador. Surgieron las rifas y las tómbolas, bazares magníficos y bien surtidos, con la rueda incansable y la tremenda algarabía de los que vocean las papeletas. A las barracas de «fenómenos» para andar por casa las arrollaron los grandes circos, las grutas misteriosas, los túneles diabólicos y hasta los teatrillos de folklore ínfimo y de «varietés» de chicha y nabo. Ya no hubo candilejas de aceite ni lámparas de carburo, sino deslumbrantes y cegadores focos. Y mucho ruido de cohetes y fuegos de artificio, de orquestas, de megáfonos, de gramolas, de cánticos, de coros regionales y de Banda Municipal.

La verbena se salió de madre y el pobre vecindario enloquecía con tantos gritos, castañetazos, pirotecnia, riñas de borrachines y humo denso de churros. Hubo que contenerlas, cuando las otras no podían ya volver. Es lástima, porque eran las legítimas, las de tierna y encantadora ingenuidad: carreras con sacos o en bicicletas, cucañas, concursos de mantones, de peinados, de guapas y de feos, y dianas, y gigantes y cabezudos, y vino de Arganda y de Valdepeñas, y clara con limón, y barreños de sangría en los que navegaban los melocotones como si fuesen acorazados. La verbena tenía que ser así. Intentó empingorotarse y dió en el fracaso. ¡Qué pena, Señor!...

También parece que perdimos para siempre aquellos pregones que eran alegres y melancólicos, sonoros o lánguidos, rápidos y agudos como un toque de clarín o lentos y graves como un quejido. Cada uno tenía su línea melódica, facilona y vulgarísima, por lo general, si bien algunos lograban tono más elevado y armonioso. Los había para todas las horas —desde los churros del amanecer hasta los cañamones tostados y el café caliente de la alta noche—, y para todas las estaciones. Con el otoño aparecían: la «Mieeel... de la Alcaaarria»; la «Buena castaaa... ña, bueee... na nuez», y los «Hules y tapetes... para mesas y cómodas», y, en el invierno: las «Asaaaás... que queeeman» y las «Chuleee... tas de hueeerta... Que van... jumeaaando...», eran como un vaho tibio que envolvía en su caricia a los ateridos transeúntes. Por la primavera llegaban, como embajadores del buen tiempo: las «Lilas... de la Casa de Campo... lilas»; los «Buenoos tiecestos... de claveeles... dobles»; las rosas «De olor y de cien hojas», y el «¿Quién quié mooras... moriitas... mooras?», y cuando ardían las calles bajo el sol implacable de julio, diríase que se refrigeraba la atmósfera y corrían soplos de brisa al escucharse: «¡Horchata helaaá... ¡El rico mantecao!...»

El pregón ha muerto asfixiado por los demás estruendos de la urbe. Dicen que es antipático y molesto, impropio de la gran capital de España. Desde luego, en la terraza de Chicote, al caer la tarde, cuando el cielo se tiñe con los malvas y los arreboles del crepúsculo y empieza el relampagueo de los anuncios luminosos, na-

die comprendería la cansina y prolongada cadencia del: «Bueeen... requesoóon... de Mirafloores... ¡y a prueba!»). Imaginemos, en cambio, la hora de la siesta, en un angostillo chamberilero o de Lavapiés. Se acerca la canícula. Estamos en nuestra casa, con el balcón abierto y las persianas corridas, y vamos rindiéndonos al plácido duermevela. Sube del arroyo un vaho de tierra mojada, porque el mangrero de servicio ha hecho brotar el alegre chorro del agua, que se curva en un arco gracioso y ágil. Hay un silencio hondo, sólo interrumpido por un coche que rueda, un perro que ladra o una vecindona que llama a su hijo. Y, de improviso, nos hiere la voz de un vendedor anunciando no sabemos qué mercancía, pues no se perciben las palabras, sino el chillido confuso que va perdiéndose a lo lejos... todo Madrid cabe en la callecita, y se nos borran la Gran Vía, y los rascacielos, y los Bancos, y los bares a la moda, y el trepidar de los automóviles, y los gañidos de las «radios». Madrid, ahora, se reduce a un largo y nostálgico pregón. Renunciemos a él, como hubimos de renunciar a otras cien cosas viejas, suplidas con innegable ventaja por los adelantos de la época.

LOS AGUADUCHOS Y OTROS RECREOS

Sospecho que tampoco nos distraeríamos hogaño en los aguaduchos del Prado y de Recoletos, antecesores de los quioscos modernos que atraen con sus variados géneros: bocadillos, mariscos, frituras, empanadillas, pasteles, batidos y hasta «whisky» y «combinaciones criollas» a base de vermut, ginebra, curaçao, coñac, hielo, azúcar y hojitas de hierbabuena. Con tales enemigos no hubo forma de evitar la derrota de los vetustos tingladillos. La Pepa de «Agua, azucarillos y aguardiente» no puede ya soliviantar a la Manuela, advirtiéndole que:

«en todas partes hay, pa que lo sepas,
manuelas de alquiler, pero no pepas».

ni la Manuela puede replicarle, con música de Chueca y bizarría de chulapona:

«Tú sin duda te has creído
que yo soy una cualquiera,
porque tú estás en tu puesto
y yo voy con la vasera.»

Los aguaduchos ganaban nuestra simpatía. Gozábamos viendo el panzudo botijo, cubierto con un paño pulquérrimo y coronado por la caperuzita de azófar que relucía como el oro. Brillaban asimismo el latón de las garrafas y del azafate para los panales y los barquillos, y las botellas multicolores: grosella, plátano, menta, granadina, zarza, frambuesa y naranja. Y si la aguadora, además de guapetona era risueña y afectuosa para la clientela, veíase cortejada por los conquistadores veraniegos, por los polluelos que aún no habían soltado el cascarón y por los vejesterios que echaban su última cana al aire. Todos pasaban la velada a gusto y sin gastar mucho dinero, salvo que buscasen espectáculo de más fuste, que tampoco faltaban. Por algo había dicho don Francisco Silvela que «Madrid, en verano, con dinero y sin familia, Baden-Baden».

Existían por entonces los Campos Elíseos; los inolvidables Jardines del Buen Retiro, con su anejo del teatro Felipe; el Príncipe Alfonso, donde se cantó aquí por

primera vez «La Bohème», de Puccini; Maravillas, en la glorieta de Bilbao; el Tívoli, en la calle de Alcalá; Eldorado, en la de Juan de Mena, y, ya dentro de este siglo, el Nuevo, en el bulevar de Sagasta, y el Magic Park, en Marqués de Urquijo, y el Gran Vía, por la plaza del Callao, y el Parque de la Ciudad Lineal, y el Recreo de la Castellana, y el del Ideal Polistilo, en Villanueva —allí se reveló el gran músico Pablo Luna con la partitura de «Musetta»—, y El Paraíso, y El Polo Norte, en Atocha, y el Cineflúo, en Neptuno... Los madrileños podían elegir bien sus diversiones.

EL CIRCO Y LOS JARDINES

Del Circo de Parish ya hablé al principio. El Circo Hipódromo no lo conocí, y el Circo Rivas se convirtió en el ya citado Príncipe Alfonso, del paseo de Recoletos. Quedaba el de Colón, mesocrático y popular, hecho de madera, con el piso de tierra y muy sencillamente decorado. Alzabase en la confluencia de las calles de Santa Engracia y Almagro, lo explotaba doña Micaela R. de Alegría, jefe de una familia de «écuyéres», malabaristas y gimnastas, y dirigíalo Rizarelli, un artista fachendoso y bigotudo, que exhibía caballos amaestrados.

El Circo de Colón competía con el de Parish en la presentación de números sensacionales: el clown Cerra, Papuss, el ayunador —ocho días en la urna sin tomar alimentos—, la Condesa X y sus leones, que trabajaba enmascarada y de la que luego se dijo que usaba un truco igual al de la «torera» María Salomé, la «Reverte», y la bella, arrogantisima y escultural Geraldine, que inspiró muchas pasiones, entre ellas una muy ilustre...

Pero, por encima de los títeres y de los demás espectáculos teníamos los Jardines del Buen Retiro. Actuaban en ellos compañías de ópera barata, y aun baratísima, lo que no impedía sorpresas como la del tenor Julián Biel, un baturro que se hizo célebre cantando «La Africana». Yo recuerdo también los bailables de «Coppelia», las deliciosas operetas que interpretaban Amelia Soárez y Calligari, y una temporada ecuestre a cargo de Mlle. de Vallois, amazona a la alta escuela y domadora de elefantes. Y no olvido que, en mayo de 1902, al ser coronado el Rey Alfonso XIII, dióse allí un banquete a todos los alcaldes de España, y a los gorriones de turno: varios miles de comensales que decían luego haberse quedado casi en ayunas.

Por una pesetilla se presenciaba una función completa en los Jardines, paseábase en torno al quiosco de la música, y podía uno incorporarse a tertulias y corrillos de ricachos que aún no habían salido a veranear.

La temporada en los Jardines se prolongaba hasta finales de septiembre, cuando el viento del Guadarrama desprendía las hojas de los árboles y levantaba remolinos de polvo. Oíanse en las calles los primeros pregones otoñales: «Buena castaa... ña, buee... na nuez», y «Mieeel... de la Alcaaarria»... Los niños iban al colegio, suprimíanse la horchata y el agua de «cebá», y en las estererías triunfaban otra vez las moquetas y el «cordelillo». Entonces, los madrileños daban su adiós al alegre verano.

F. SERRANO ANGUIA
CRONISTA OFICIAL DE LA VILLA



SOLEDADES DEL VERANO Y EL OTOÑO

POR MANUEL POMBO ANGULO

EL Manzanares es un río sin agua, y, sin embargo, del agua del Manzanares es de la que más se habla en esa crónica pequeña de las ciudades que traen y llevan las coplas. La copla es la intimidad de la poesía; casi su confidencia. A nadie se le ocurre dedicar grandes odas a un río, que se insinúa apenas, como éste, tímido cortejador de encinates, espejo roto de palacios que se escondieron en los bosques de Bobadilla. Pero la copla, en cambio, le van bien, y el río hace lo que puede, quizá alentado por ella, y sólo tiene la tristeza de no poder apagar la sed de los madrileños con tanto relumbrón como el Lozoya. Porque el Manzanares, el río de Isidro, tiene también un alma fresca y samaritana.

Pero, como hubo una moza ideal en la mente maestra de don Eugenio, bien plantada por derecho propio, Madrid es ciudad limpia y fresca, bien lavada por propio derecho. Cuando el sol asoma sobre los cerros bajos de su

contorno, las calles rebrillan con reflejos sin mancha; las calles de Madrid, que van, todas, hasta las más modernas, en busca de lo típico. Madrid tiene, por eso, la gracia especial de lo que no se improvisa y de lo que no se mancha; esa gracia de las amanecidas que encuentran las rúas despejadas para el paso de los carros, de los madrugadores o de los que tienen su alma trasnochada. Madrid es, entonces, mucho más antiguo que después, cuando el sol le

inunda y los álamos dan su lanzada alta a una atmósfera encendida, porque Madrid, en el amanecer o en la atardecida, parece como si caminara hacia atrás, y aprovechase la media luz para entregarse al recuerdo.

Por eso, en los meses en que Madrid deja de ser Corte, porque los cortesanos se van en busca del mar o la montaña, nada tiene la Villa de abandono, sino que se cuida como una moza que gozase en el recreo de su belleza para sí

misma y no para los demás. Lope fué, quizá, quien mejor entendió estas mozas presumidas, gozosas de su propio encanto, del que hacían regalo inocente a la multitud, guardándolo, al tiempo, para ellas mismas. En sus soledades, a las que iba y venía, le acompañó siempre una de estas sombras, y por eso su vida fué turbulenta, incluso en el aislamiento, porque el alma puede encrespase sin precisar compañía.

* * *

Como es un placer pasear el Madrid solitario —el Madrid de las esquinas imprevistas, de las sombras alargadas, de los faroles amarillentos, que alumbran la leyenda; el Madrid de las grandes avenidas, que escoltan las estrellas de las nuevas iluminaciones—, es un placer también pasear este Madrid del verano y del otoño que empieza; el Madrid de los que se quedan, un poco porque es su deber, y un mucho porque es su gusto; el Madrid de los que vuelven a las casas con fundas blancas y un polvo sutil que se filtró a través de las persianas corridas. Al principio, los madrileños se extrañan de encontrar tan intacto su Madrid; la lejanía les deformó, sin duda, sus perfiles, pero nada hay más inmóvil que el perfil de Madrid, porque está lleno de eternidad. Ni Churriguera consiguió retorcerle, ni Villanueva sacarle de quicio. La ofrenda del arte a Madrid fué siempre sometida a ella misma. Y, cuando el verano o el otoño iniciado le dejan más solo, diríase que se complace en acusar su personalidad. Cuando el sol fuer-



Ayuntamiento de Madrid



te de la Castilla Nueva rebrota en las cúpulas y hiera la sombra de los arcos, Madrid es más él que nunca. Madrid no espera, sino que permanece.

- Claro es que el sol de Madrid tenía que darnos cita en la Puerta del Sol. La Puerta del Sol tiene, ahora, algo de concha; le dan este aspecto las dos fuentes, desde luego, pero, sobre todo, el dorado del sol, el nácar del sol, que

irisa en su interior. Las aceras están desiertas o apiñadas, según caigan o no lejos de los rayos. Las gentes cruzan rápidas por las zonas de sol, pero aún queda espacio para celebrar en ellas salones de verano, exposiciones de pintura valiente, encendida también, como si se hubiesen fundido los colores. Al sol, las pocas gentes quietas, tienen aspecto de árabes sin chilaba, como si todavía la

plaza fuera la morisca del Alcázar, que destronó primero la Plaza de la Paja, después la Plaza Mayor, hasta que, no se sabe cómo, la reunión se citó en la Puerta del Sol, bajo las gradas de San Felipe, cuando el XVII tapaba las coronillas con pelucas y ceñía las cinturas con casacas. Frente a Puerta Cerrada, la Puerta del Sol es, siguiendo al buen Del Palacio, la puerta que no se cierra, y, aun-



que la vida se le vaya a Madrid por otras avenidas, la Puerta del Sol es su plaza, porque se encuentra a gusto en ella, un poco como en su casa. En el verano, el gran reloj, que fué de Gobernación, marca unas horas sosegadas, con refresco de horchata y una pe-

numbra de café, donde se espera que el mediodía pase. A uno le encanta este verano de la Puerta del Sol, porque le parece que todo el contorno es más para él; porque puede pasearlo un poco como se pasea un jardín, sin atender al imperio de las señales de

circulación. Desde el centro de la Puerta del Sol pueden elegirse los caminos, y esto es muy importante, porque sólo al elegir el camino se siente el hombre seguro de sí mismo.

* * *

Y, así, puede caminar hacia el Palacio de Oriente, por la calle del Arenal, aristocrática y muelle, donde aún semejan rodar los radios rojos de los autos del Rey, o el paso, ya sin orden, de los desfiles ya terminados. Como la Plaza Mayor lleva a la Casa de la Villa, a la estatua de Santa Cruz y al mundo callejero y recoleto de los Austrias, la Puerta del Sol lleva al calderón mudo del Teatro Real, a las piedras del Palacio, a los Reyes que juegan al corro sobre las losas de granito, y a los jardines de Sabatini, donde los niños le cantan al paisaje. Este paisaje de Madrid se despeña rápido, con ansias de llegar antes; es azul, y verde oscuro, y habla de caza y de retratos reales. A lo lejos, la sierra ofrece veraneo a los madrileños, que, por amar mucho a Madrid, encuentran pretexto en su trabajo para permanecer cerca de él.

* * *

Felipe IV, en cambio, no veranea, sino que cabalga, inmutable siempre, pese a los muchos azares de la Plaza, que tantos se empeñaron en cambiar desde Pepe Botella a Fernando VII, desde la Huerta Martín de la Priora —la de la fuente bella, fuente bonita—, hasta el trazado de Merlo, Gutiérrez y Rivera, que la elevó

en alto, con aspiraciones de pavés. Rodín —poderoso y sensual— supo piropear el galope del caballo de Felipe IV, caballo florentino, caballo de tacá-taca, porque fué Tacca quien se encargó de hacerle galopar. Rodín, que dominaba la materia, que amasaba entre con amor y lucha, le encontró el aire a este caballo bajo el que habían de jugar los niños de Madrid; los niños dulces de Hartzenbusch, que, de siete a once, «jugáis en torno a la fuente —del gran caballo de bronce— que hay en la Plaza de Oriente»; los niños que daban vuelta, en mis tiempos, a la Plaza, en un carrito con banderolas, tirado por un burro minúsculo, como quien da la vuelta al mundo.

El caballo proyecta su sombra sobre la Plaza, y, desde allá, se divisa la tranquila y recoleta iglesia de la Encarnación, señorial, castellana y más hecha para la luna que para el sol, para el toque de alba que para las plegarias de mediodía.

En torno a la Plaza de Oriente pueden pasarse calles y plazuelas, todas muy recoletas, todas para uno sólo, y patinadas por esa cosa inimitable que se llama el pasado. Debajo de la Plaza de Oriente dicen que hay un pueblecito con muchas casitas. Por lo menos lo dice Ramón, y hay que creerlo.

* * *

Pero la Puerta del Sol da camino, también, hacia la otra parte de la ciudad; la ciudad más moderna que, todavía, si precisase un título, habría de elegir el de Salamanca. Aunque se escape

Castellana arriba, y por la Avenida de América, y hacia los Nuevos Ministerios o la Ciudad Universitaria, esa porción de Madrid aparece unida al homenaje y a la leyenda de aquel marqués ruboso, pródigo, fantástico, que hi-

zo poesía de su vida, y que la derrochó, como debe ser, porque esto es lo único que en buena ley puede hacerse por la poesía. Trenes, bancos, teatros, juego, empresas, negocio, amores, y, al final, un barrio, un barrio soñado,





que se edifica para proporcionarse la más grande sensación que existe: la de ser Aladino, la de sacarse de la manga, o de la lámpara, casas ideales, avenidas nuevas, hogar para las vidas. Quizá nada esté tan cerca de la inmortalidad como construir para los demás mortales. ¿Qué soñó Salamanca cuando le vino a la mente crear este barrio alejado, que hoy está tan próximo; este barrio tan moderno, que hoy empieza a envejecer? Al barrio de Salamanca se llega calle de Alcalá arriba, hacia el Retiro, hacia la Puerta de la Independencia; la Puerta plantada, también la Puerta bien plantada. D'Ors no hubiera protestado de que se aplicase el calificativo de su moza a esta Puerta con piedras sillares, ángeles y es-

cudos, porque D'Ors amaba la proporción.

En el verano no se mustian las flores en torno a la Puerta de Alcalá. Al principio, le anuncian los tulipanes; las flores de cera que aguardan el viento de los molinos; las flores que se exponen en Harlem, y que visitan muchachas con ojos azules y nostalgias de Guillermo de Orange. Después, se extienden unas florecillas azules y camperas. Creeríamos que el campo vuelve por sus fueros, que surge de nuevo allí, donde las pequeñas casetas de consumos se arrimaban, a la vera de las cinco puertas, en el Camino Real que va de Aragón a Castilla.

El Retiro invita con su sombra a mitigar los rigores del verano.

Pero, no se debe ceder a su seducción, porque el Retiro, en contra de lo que se cree, es jardín de invierno, o, por lo menos, de otoño; de este otoño en que Madrid también se encuentra solo. Entonces las avenidas dan perspectiva a los bancos y los laberintos llaman al mirlo de don Ramón. Rusiñol entendió esto, y pintó el Retiro del abandono; el Retiro anémico, sin savia, triste y tan bello como puede ser una melancolía.

No y no, en el verano hay que ir decididos hacia el barrio de Salamanca, el barrio con tertulias, en cafés que son un poco ya de la tradición de Madrid, con camareeros que os tutean porque os fiaron de niños, con casas donde vivieron nuestros abuelos y de donde aún surgen viejecitas enlutadas, que custodian criados tan ancianos como ellas. El barrio de Salamanca posee la aristocracia de lo que vivió siempre bien; de las salas con muebles isabelinos, retratos de Esquivel, y arañas de cristales que centellean como piedras preciosas, y alfombras apagadas, donde los pies encuentran las huellas que pisaron tantas veces. Hay una hora en el verano, en el otoño o en el invierno, que iguala siempre el barrio de Salamanca: la hora de la misa y del confesionario, donde se repiten, humildemente, caídas que ya resultan tradicionales también.

El verano y el otoño son como el paréntesis de Madrid, pero son, al tiempo, la permanencia de Madrid. Nada cede en ellos, y, si se levantan las calles, es para disponerlas a las mismas andaduras, a los mismos caminos. El Ayuntamiento aprovecha este paréntesis

para reparar Madrid como un tapiz que no se quiere dejar de exhibir, y que se limpia, apresuradamente, entre fiesta y fiesta. Pero también posee su encanto el descubrir el arreglo de las cosas, las cosas bien arregladas, que pre-

cisan tiempo para seguir en orden. Se dijo que Madrid es un magnífico lugar de veraneo. Por lo menos, es un magnífico lugar, lo que no le quita, pese a lo chiquito de la denominación, su grandeza de capital, su dignidad

de gran señora, que sabe, al tiempo, ser llana, como corresponde a las Castillas.

MANUEL POMBO ANGULO

FOTOGRAFÍAS DE LOYCORRI





LA PREVIA REFORMA INTERIOR

Por ENRIQUE DE AGUINAGA
CRONISTA OFICIAL DE LA VILLA

ANTE el hecho categórico de que, a partir de 1939, Madrid está pasando por la crisis de crecimiento más importante de toda su historia, somos muchos los que, con autoridad o sin ella, doctos en la materia o simples aficionados, tratamos de averiguar el futuro de esta ciudad e, incluso, tratamos de influir en tal futuro.

Si se estiman los procesos demográficos comprobados, las tendencias de la población, las posibilidades del terri-

torio y tantos otros datos asequibles; si se parte de la base de que tales procesos, tendencias y posibilidades han de mantenerse, no resulta extraordinariamente difícil entrever el Madrid de mañana o, al menos, un Madrid que corresponda a aquellos supuestos.

La posible intervención en el signo de los fenómenos determinantes de la ciudad hace que este ente llamado «el Madrid de mañana» no se presente como un hecho fatal sino como una con-



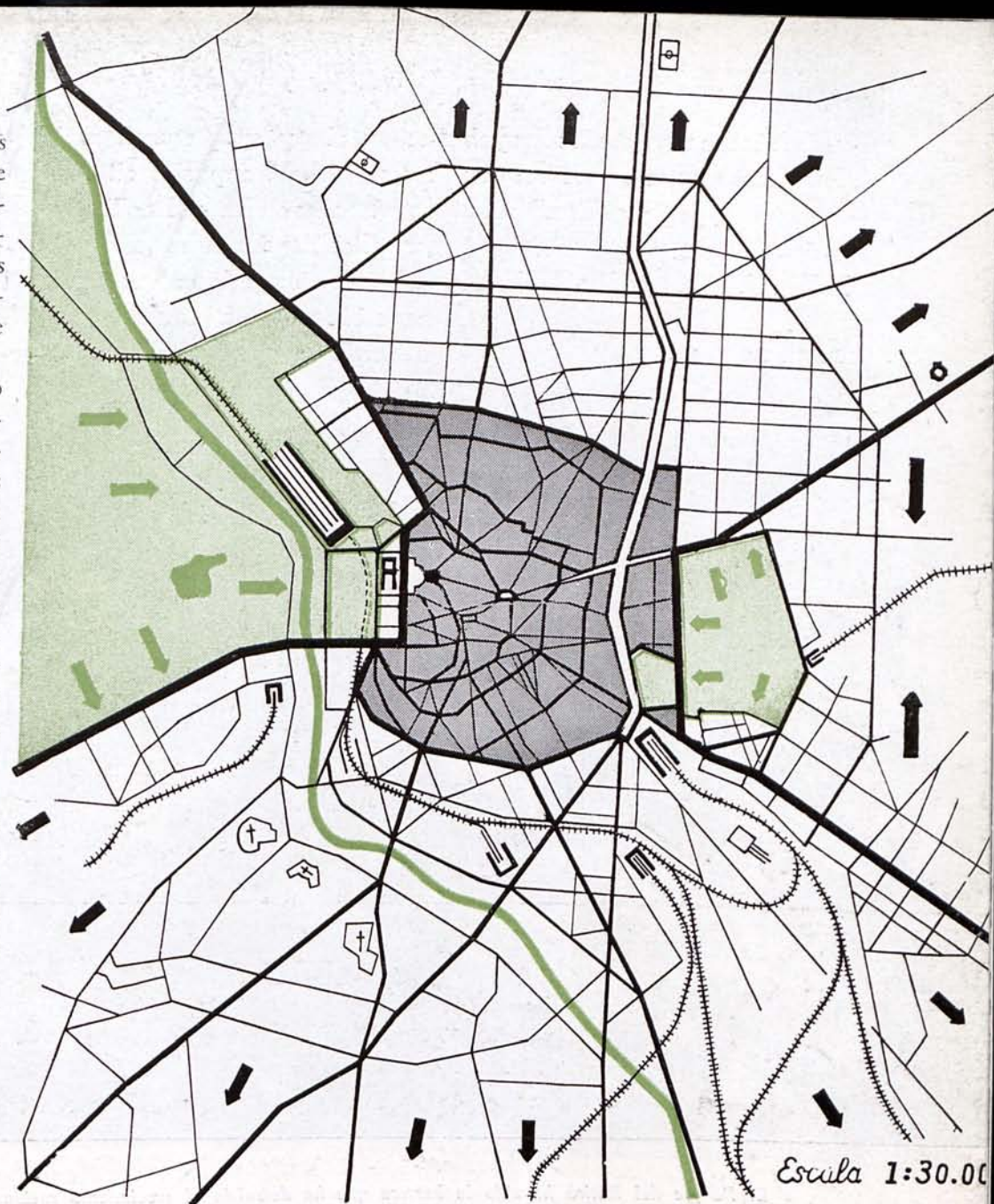
clusión modificable desde sus propias premisas. A la pregunta «¿Cómo cree usted que debe ser el Madrid de mañana?», hay muchísimas y muy heterogéneas respuestas. Lo importante es que, de tales respuestas, muchas representan otras tantas posibilidades de futuro.

Es muy tentador entrar en el juego de las adivinaciones, hacer de pregonero del futuro de la ciudad o, aunque sólo sea, de uno de sus posibles futuros. Lo que no pueda resolver la técnica lo resuelve el optimismo y en paz. Se añaden grandes márgenes a los planos y sobre el papel blanco la imaginación transporta barrios enteros, parques, grandes vías de comunicación, edificios capitales y un rótulo enorme: «Madrid, tres millones de habitantes», o cuatro, o cinco, o seis.

Generalmente, el futuro de las ciudades se considera desde el punto de vista de los fenómenos de extensión. El desarrollo de la ciudad se entiende preferentemente como una operación relativa a la superficie. Ya se sabe cuánto ha variado este concepto de la extensión urbana, cómo han evolucionado las ideas tradicionales sobre el desarrollo de la ciudad. Pues, bien; cualquiera que sea la profundidad y el matiz de la extensión de Madrid, cualquiera que sea, en este orden, la respuesta a la cuestión de Madrid de mañana, considero que el arranque debe venir del centro de la ciudad o, a lo fisiológico, del corazón de la ciudad.

Quiero decir, y lo diré ya muy llanamente, que no entiendo el futuro de Madrid, ese obsesionante Madrid de mañana o de pasado mañana, sin una previa y profunda reforma interior de la ciudad; que se frustrará la gran carga de posibilidades del futuro, en cuanto energía y fisonomía de Madrid, si la reforma interior no se acomete después de tantos aplazamientos; que, en fin, no tendrán sentido cuantos proyectos de extensión urbana se realicen si no se revitaliza el corazón de la ciudad, si en medio de las extensiones permanece el viejo centro madrileño como una Casbah.

La idea de reforma supone ya que hay que partir de una realidad existen-

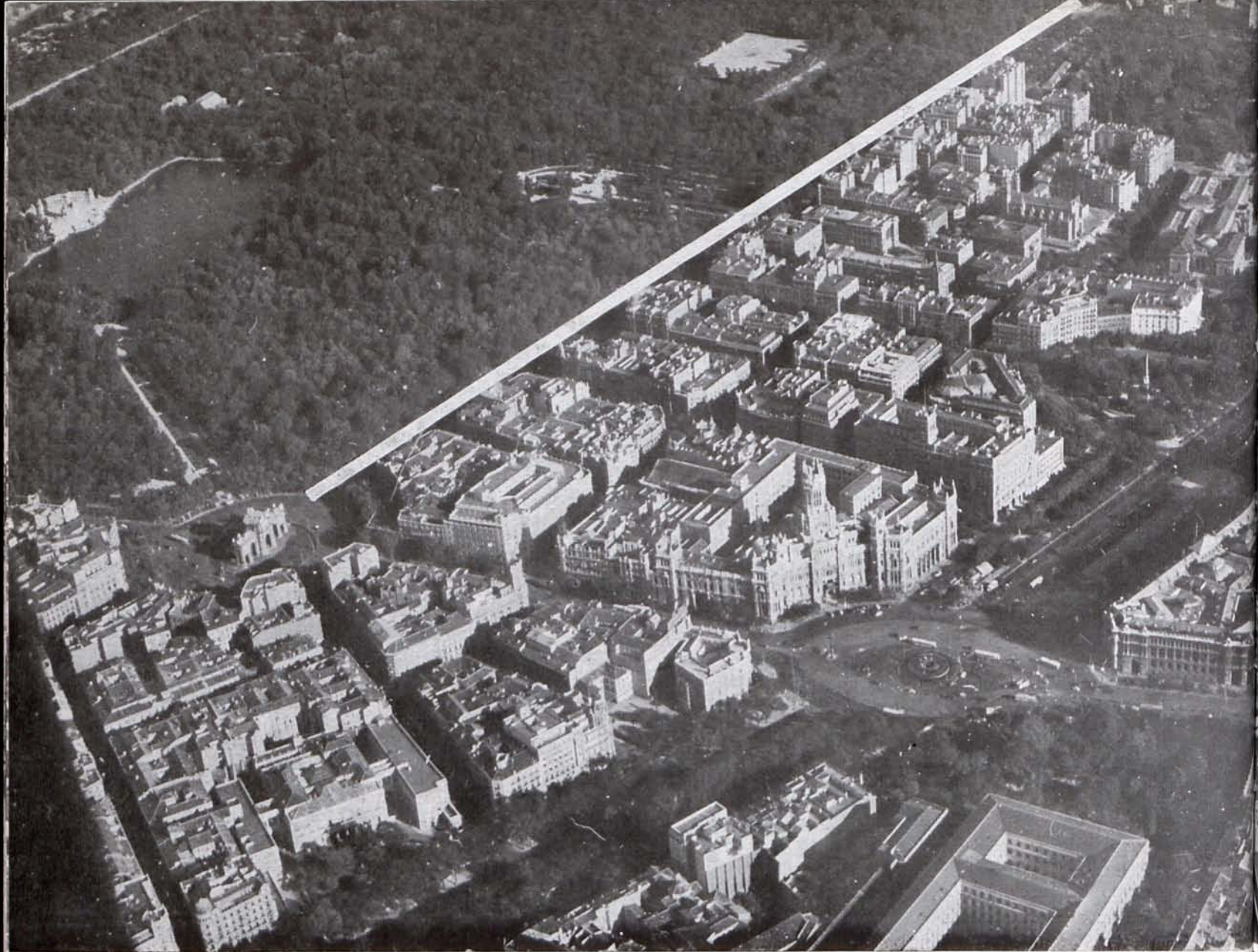


El centro de Madrid, entre Retiro y Palacio

te, de una realidad que, en términos generales, constituye un enorme obstáculo: la actual estructura de la ciudad. Si el problema consistiese en construir Madrid idealmente, de nueva planta, en un inmenso solar de la provincia, la cuestión de principio quedaría reducida a elegir una teoría o sistema de teorías urbanísticas para aplicarlas desde los cimientos. Aquí pongo un parque, más allá una gran vía, en este otro lado un centro industrial y así sucesivamente, de acuerdo con los tres factores que condicionan un planeamiento de este tipo: programa demográfico, fuentes de riqueza y medio geográfico. Todo esto, además, sin los mil problemas de las expropiaciones sobre intereses creados, sin engo-

rosas plus-valías, sin derribo de edificios ni transplantes de población.

Tal ha sido el caso de Levittown, ciudad prefabricada en el Estado de Pensilvania (Norteamérica, naturalmente), proyectada para dieciséis mil familias y construida a un ritmo de doscientas casas por semana. Este ha sido también el caso de Lakewood Park cerca de Los Angeles, ciudad construida en cadena que, en menos que canta un gallo, transformó extensos campos de alubias en núcleo urbano con capacidad para sesenta y cinco mil habitantes. Los sesenta y cinco mil recibieron casi de golpe su residencia común con todo género de previsiones urbanísticas, entre ellas la supresión de los tra-peros, es un decir, ya que todas las co-



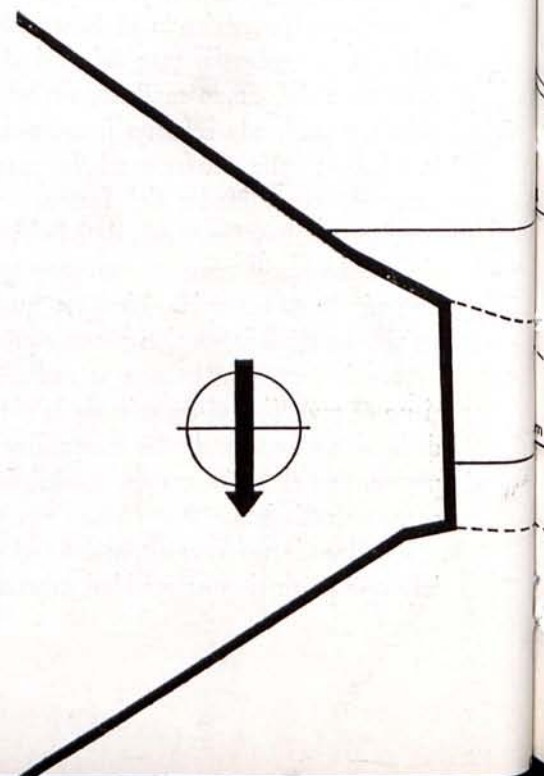
El Parque del Retiro ha sido la barrera que ha detenido el crecimiento racional de la población por el Este

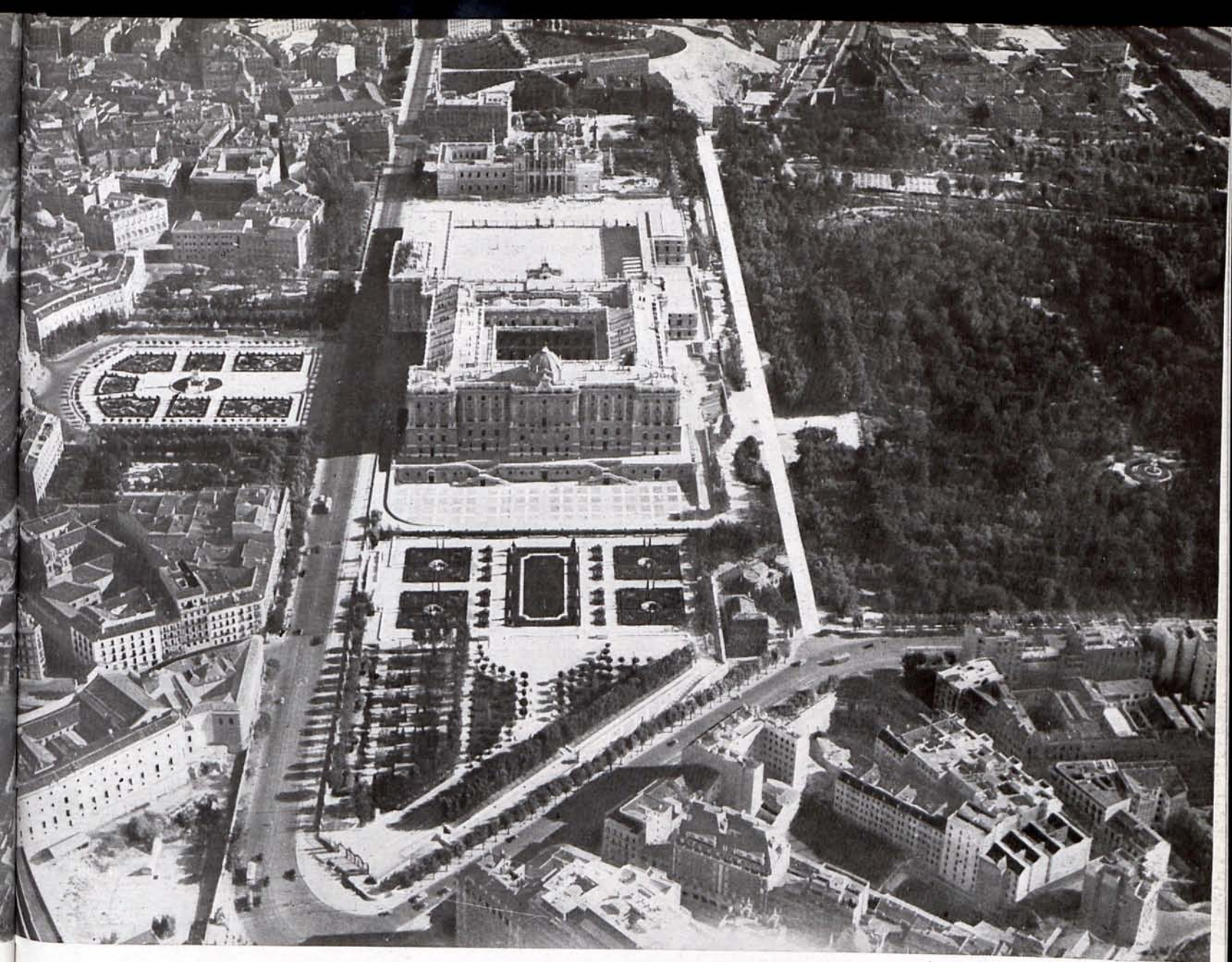
cinas de la ciudad están provistas de triturador eléctrico de basuras que permite la eliminación de los desperdicios domésticos por la fregadera.

Pero este no es el caso de Madrid ni el de tantas otras viejas ciudades que, por las exigencias de su desarrollo, se han sometido o se han de someter a la cirugía de las reformas interiores al mismo tiempo que realizan las previsiones metódicas de su expansión superficial: reforma interior que elimine las partes muertas de la ciudad, con los respetos naturales para los barrios históricos, para los conjuntos de interés artístico o simplemente para los paisajes urbanos que realmente merezca la pena

conservar; reforma interior que tiene que ir acompañada, como operación simultánea y coordinada, de una expansión que abra posibilidades decentes a la nueva vida de la ciudad, que exige trasplantes de población, que requiere amputaciones y que, en suma, es una higiene de crecimiento, al igual que ocurre en los seres biológicos.

Como los seres biológicos, las ciudades envejecen y mueren. Un género de muerte de la ciudad o, en términos médicos, de infección necrosante es lo que el urbanista Lewis Mumford, en su libro «La Cultura de las Ciudades», denomina «la carcoma». «El área carcomida —según Mumford— puede





El Manzanares, con la cuña de la casa de Campo, ha actuado como punto de contención del desarrollo de Madrid al Oeste

definirse como una zona incapaz de pagar los servicios municipales esenciales para su sostenimiento y asimismo incapaz, en razón de su estado económico, de pagar los gastos que origina su propia renovación y reparación interna.» En los barrios carcomidos «los techos tienen goteras, los revoques se resquebrajan en los muros, los aparatos higiénicos se descomponen, se forman charcos en los sótanos, los pequeños jardines que antaño servían como lugares de recreo desaparecen bajo las cenizas, los papeles, la chatarra».

Una traducción directa de la carcoma de Mumford está en las zonas centrales de Madrid, donde una deleznable

y ruinoso arquitectura, materialmente abandonada por razones de rentabilidad, ha creado la expresión «el Madrid que se hunde»; donde cincuenta vecinos tienen que disputarse el uso de un retrete; donde el barniz del pintoresquismo trata de disimular focos de hacinamiento y sordidez. Verdaderos suburbios interiores, se encuentran tan desplazados del movimiento habitual de los habitantes de las zonas medias y nobles de la ciudad como los otros suburbios de la periferia. Tanto es así que seguramente no será aventurado asegurar que para muchos madrileños su visita al transitorio teatro de «La Corrala» o al «Moulin Rouge» de la

calle de Tribulete habrán sido los únicos y ocasionales motivos de conocimiento de aquellos barrios de los que tanto se habla en los tópicos del llamado casticismo local pero que tan profundamente están separados de la realidad normal de una inmensa mayoría de los vecinos de Madrid.

Si no hubiera más poderosas razones para promover la reforma interior de Madrid con decisión y categoría, si esta operación no fuese reclamada esencialmente como una obligación social, cabría proponerse dejar en su estado —llamémosle impropriadamente pintoresco— a estas zonas interiores. Pero ni siquiera queda el recurso de dejarlas a un lado, abandonarlas a su suerte, porque estas zonas se interponen entre el Norte y el Sur de la ciudad, como paso obligado del alto Madrid a su otra mitad más baja, donde, por ejemplo, están la canalización del Manzanares, importantes concentraciones industriales, el gran parque de la Casa de Campo, densos haces ferroviarios y las tierras de Carabanchel con su extenso programa de poblamiento. En esta interposición está una de las claves de la reforma interior de Madrid.

El Madrid carcomido, moribundo, es naturalmente el Madrid más viejo, el núcleo urbano que crece a partir del Alcázar, como se ve en el plano de recintos de la Villa, dibujado por Alvarez y Baena. En su libro *El semblante de Madrid*, Fernando Chueca advierte que el crecimiento inicial de la ciudad se verifica como el de una población costera. Así resulta que nuestro vituperado Manzanares, nuestro río, tantas veces llamado canijo y aprendiz, ha hecho los efectos de un mar que ha dirigido el desarrollo de la ciudad hacia el Este, concéntricamente, según los cuatro recintos de Alvarez y Baena: Mantua, Alfonso VI, asentamiento de la Corte y siglo XVIII.

Pero no es sólo la depresión del Manzanares el factor que en lo sucesivo ha de actuar como punto de contención del desarrollo urbano. Al Este de la ciudad está el Retiro, que no tiene la profundidad de la cuña de la

Casa de Campo, pero que, pese a todas las mermas, ha de actuar igualmente como parachoque de la extensión de Madrid. Entre estos dos sistemas de resistencia, la ciudad, con el ensanche del siglo XIX, empieza a desplegarse en un doble abanico, cuyas imaginarias y extremas varillas serían, en el Norte, las calles de la Princesa y de Alcalá, y en el Sur, el paseo de Extremadura y la calle del Pacífico.

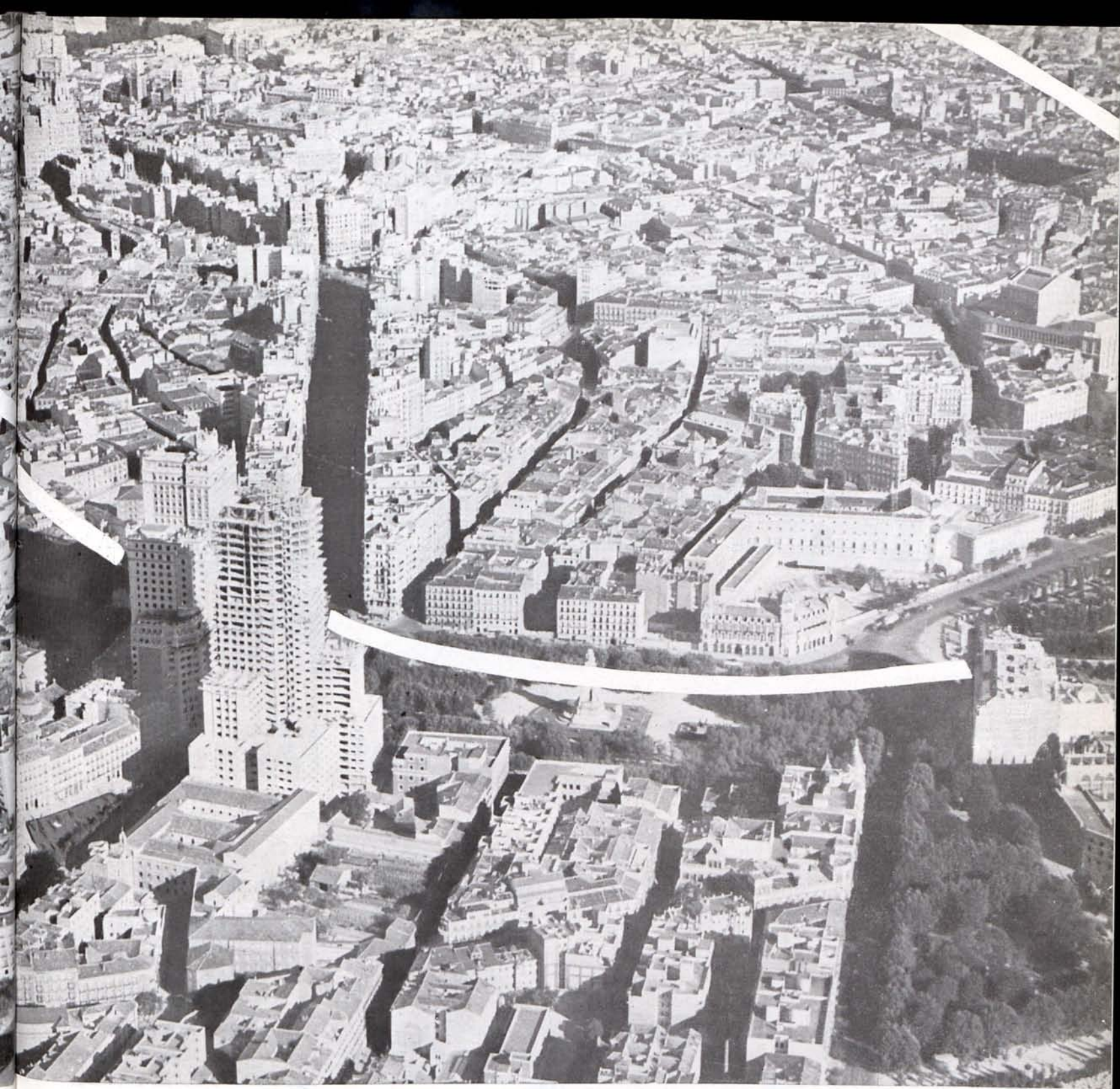
Visto así el plano, Madrid aparece dividido en dos sectores, Norte y Sur, entre los que, como un tapón, se comprime un tercero: el Centro. Los aficionados a piropear a Madrid, como si en vez de una ciudad fuese una mecánografa, pueden decir, a la vista del plano, que Madrid tiene «talle avispa», y aún pueden añadir, considerando la posición del Retiro, que lleva los nardos apoyados en la cadera, como la florista de «Las Leandras». Este talle de avispa tiene una anchura aproximada de dos kilómetros a lo largo de los cuales, casi por capilaridad, se comunican los grandes sectores Norte y Sur de la ciudad, cuyos embudos, solamente a 1.500 metros de la Puerta del Sol, alcanzan anchuras de seis kilómetros.

La deducción es inmediata: pésima comunicación entre el Norte y Sur de la ciudad. Otra deducción no se hace esperar; la necesidad de abrir nuevas y grandes vías de comunicación que, al mismo tiempo, sean elementos de saneamiento de sórdidas zonas del interior de la ciudad. Perdida la excelente ocasión de la postguerra en 1939, los planes de reforma interior de Madrid se redujeron a tres proyectos: ampliación y prolongación de la calle de la Cruz, apertura de la avenida de San Francisco y enlace de la plaza de España con la de Santa Bárbara. Ahora quizá más en serio que nunca, más cara al Madrid de mañana, se habla de la reforma interior de Madrid. Al menos como base dialéctica, en lo municipal se ha considerado al 1957 como el año de la reforma interior.

Sobre tal base dialéctica, y para evitar fraudes al futuro Madrid, hay que machacar hasta el agotamiento



dos ideas. Primera: no habrá auténtica reforma interior de Madrid si no predomina en ella el sentido social. Segunda: la reforma interior no puede consistir en la apertura de grandes vías que resuelvan o traten de resolver problemas de circulación mientras que a uno y otro lado de los nuevos cauces o tajos permanezca sin reforma un afrentoso género de vida, preci-



Entre los dos sectores, Norte y Sur, se comprime un tercero: el Centro

samente el que debe ser objeto predilecto de la transformación interna de la ciudad. La reforma interior no puede ser un negocio particular ni una simple apertura de cauces para el tránsito.

Un Madrid sin gracia arquitectónica, sin historia, sin monumentos, sin ventilación, sin higiene, sin jardines y sin plazas, un Madrid carcomido y

hacinado está esperando la reforma tajante que abra claridades, que arranque a las gentes de una vida propia de insectos, que renueve, en fin, el corazón de la ciudad para que toda la ciudad se vivifique. Me refiero a una reforma radical, no a una sustitución hecha por especuladores. Si las casas ruinosas del viejo Madrid se derriban para construir otras de nueva planta

sobre los mismos solares, no se habrá hecho nada; es decir, se habrá frustrado la reforma. Porque se habrá conservado una estructura que está tan muerta como las casas apuntaladas, se habrán conservado con ligeras modificaciones de alineación las mismas callejuelas, los mismos hacimientos. Todos hemos visto cómo se ha frustrado una avenida de desahogo de la

Gran Vía al obstruir la posibilidad de una amplia comunicación entre la plaza del Callao y la Puerta del Sol. Los edificios que así se levantan podrán ser modernísimos, pero en realidad son la consolidación de una ruina anterior.

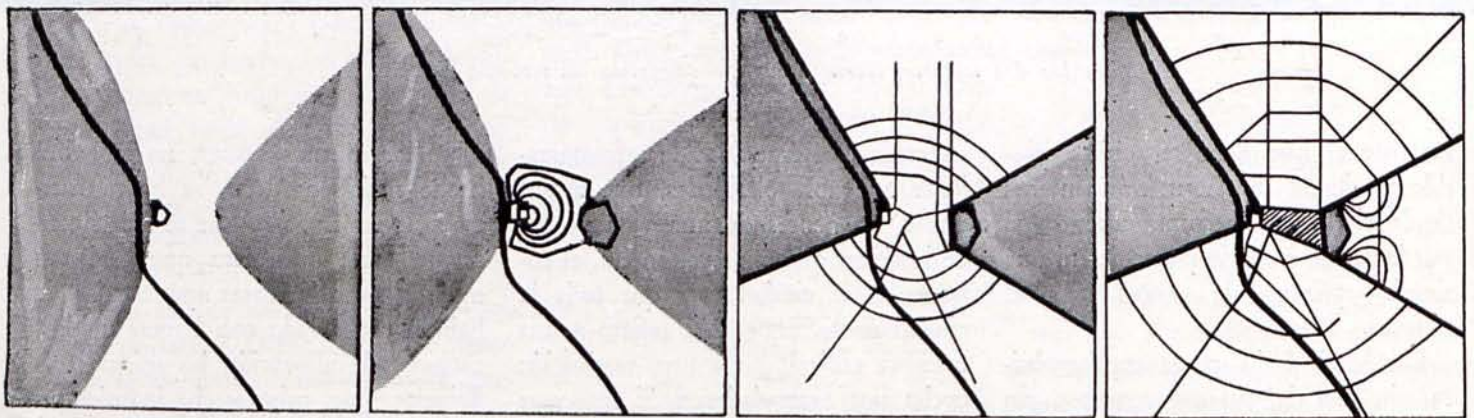
La codicia y la especulación del terreno han dejado raquítica y complicadísima a nuestra pomposa Gran Vía, canal aséptico a través de zonas corrompidas, que siguen aproximadamente igual que cuando Joaquín Manini cantaba el vals del «Caballero de Gracia». En este Madrid que adolece de falta de plazas, que ha construído un ensanche cuadrículado, aburridísimo, sin una plaza considerable, se matan espacios abiertos para construir dos mercados: el de Olavide y el de Bar-

celó; o se destruyen dos plazas para construir estacionamientos de coches: la de Bilbao y la de Santo Domingo; o se intenta anular la formada por el solar de la antigua plaza de toros; o se levanta un monumento al señor Otamendi en la Red de San Luis.

Nos ha podido una especulación torpe y primitiva, porque, en resumidas cuentas, no hay revalorización del terreno comparable a la que se consigue no sólo con la apertura de grandes vías, sino también con la creación de plazas, con la plantación de jardines y con la instalación, en suma, de verdaderos elementos de plus valía. Y esto es lo que el Madrid interior necesita decididamente, sin dilaciones, sin apaciguamientos, sin entregarse a los negociantes, con la fórmulas téc-

nicas y jurídicas que sean. ¿Que hay que dar nueva vivienda a los desalojados? ¿Qué duda cabe? ¿Que hay que indemnizar a los transtornados en su negocio o propiedad? Igualmente indudable. ¿Que todo ello es difícil? Claro está. Si fuera fácil, si no hubiera que desplegar energía, autoridad e invención extraordinaria; si fuera cosa de simple acuerdo de la Comisión Municipal Permanente, hay que suponer que ya se habría realizado. Pero estas obras difíciles, que cambian la faz de una ciudad, son las que dan honra perdurable a los hombres que las acometen y las llevan adelante, a los hombres que tienen corazón.

ENRIQUE DE AGUINAGA



El gráfico muestra el proceso del sucesivo desarrollo de la capital



TIPOS DE MADRID EN VERANO

Por F. BONMATI DE CODECIDO
CRONISTA OFICIAL DE LA VILLA DE MADRID

¡SEÑORES, y qué bonito está Madrid!! Madrid es sin duda una de las ciudades más bellas del mundo. No más grandiosa, ni más monumental, sino más bella. En los colores que estrenó la primavera pasada y que ahora luce en su traje de verano hay tonalidades y matices sorprendentes, maravillosos. Yo los vi un día todos reunidos, al acudir a la cita que les dió un atardecer la Rosaleda del Retiro.

Madrid tiene horas de belleza incomparable. A mí las que más me gustan son las de su tarde alta. Cuando empieza a anochecer, cuando se van evaporando lentamente luces y colores para hacerse brillo en el flugor de las primeras estrellas. El cielo, azul pálido con celajes, tiene color de ojos de infanta.

Madrid se ha ido engalando con grandes avenidas, con vanidosos y presumidos rascacielos, con soberbias perspectivas de gran ciudad. Pero como no es un nuevo rico, como no ha querido nunca dejar de ser villa, junto al «haiga» de sus rascacielos guarda amorosamente la ejecutoria antigua de una iglesia, de un convento, de un rincón o de un



palacio de rancio sabor. Por eso sus paisajes urbanos tienen la gracia del contraste, que rompe la monótona uniformidad de las ciudades jóvenes: junto a un edificio de líneas actuales, otro con solera y rango antiguo.

Y es que Madrid es muy aficionado a dejarse como olvidadas en su estampa cosas de otras edades. Con sus tipos humanos pasa igual. Los hay que parecen que son los mismos que vivieron cuando las gentes de Madrid eran como ellos. Sólo se diferencian de aquéllos en que se les ha olvidado morir. Y conste que no hablo de esos tipos con misión comercial que vienen vestidos con los trajes típicos de sus regiones para vender cosas. Hablo, por ejemplo, del botijero, que al apuntar el verano aparece todos los años en las calles madrileñas, con un burro que lleva en la anagrilla un nido hecho con ramas de magarza, en el que se apiñan rojos botijos.

Este botijero, como los de antaño, es mozo, con rostro curtido por soles camperos, con manos color sarmiento y viste de pana. Si lleva

boina en vez de monterilla es porque los años se han ido comiendo las alas y la copa. Apoyado en la cabeza del borrico, lanza la melopea larga y cadenciosa de su pregón vernáculo, que penetra la modorra de la siesta con los mismos ecos de tantos y tantos años. Las mujeres de las calles próximas le rodean. Y entre regateos y jocundas picardías aldeanas va vendiendo sus rojos botijos, que luego, rezumantes de agua fresca, hacen la felicidad de muchas gentes para las que los últimos adelantos en frigoríficos es algo sin sentido, por lo inaccesible.

Yo he visto a uno de estos botijeros cruzar con su burro la plaza de la Cibeles, entre una manada de coches lujosos, autobuses, trolebuses, taxis y camiones. Me dió la impresión de que había caído allí, desprendido de uno de esos grabados antiguos de la famosa plaza.

Otro de los tipos a que me refiero es la florista. Pero no a la que pone flores en las terrazas de los cafés de moda, en las aceras de las calles importantes o en los toros o el fútbol. Ni tampoco a la que las

vende en las grandes tiendas, entre celofán, barros historiados, muebles de jardín y espejos con jardinera. Me refiero a esa florista que tiene su puesto callejero en los mercados de barrio, en las verbenas o en la esquina más insospechada de una calle.

Está allí desde hace muchísimos años. No ella, claro, sino la florista. Estuvo tal vez la madre, tal vez la abuela, pero es siempre, por lo regular, una mujer de mediana edad, guapetona, frescachona y limpia. Lleva un delantal muy blanco, va peinada con gracia barbiana y tiene junto a ella, en el suelo, una cesta y un bote alto de hoja de lata para tener en agua sus flores. De su cintura penden, atadas a una cinta de color, unas tijeras.

Su clientela se la dió el amor de muchas generaciones a ese milagro



de color y aroma que son las flores. Ella las hace accesibles a la modesta ama de casa para adorno y alegría de su hogar, a la mujer que las adora y a tantas gentes que hacen un rito de su devoción a las flores. Y trae a diario las rosas para doña Fulana y los claveles para Mengana. ¿Cómo no los va a traer si hace tantos años que los compran?

Esta florista de puesto callejero es de antiguo como una sacerdotisa en el culto a las flores, que transmite de generación en generación el mensaje de su belleza, haciéndolo llegar hasta los hogares más humildes. Cumple la importante misión de que las flores estén más al alcance de todos. Y es en el lienzo madrileño una pincelada de otros tiempos que aguantó casi intacta los retoques de los años. Uno de

los tipos de la baraja con que Madrid juega su partida de gran ciudad con abolengo de villa, capital de dos mundos.

Villa en la que lo primero que se percibe al ponerse en contacto con sus días veraniegos, sobre todo desde la Virgen del Carmen a muy mediado ya el mes de septiembre, es que tiene un ritmo más pausado y solemne que de ordinario. Un ritmo como de domingo o día festivo. Como si al huir de la gran ciudad villa la prisa de los negocios y todo el trajín nervioso y sonoro de sus días invernales de plenitud laboral, el espíritu de sus horas se hubiera sosegado. Las gentes van despacio, con reposado andar, como temiendo hacer ruido. Los pocos coches españoles que pasan lo hacen como avergonzados de no haber podido escapar al descanso y a

la diversión del veraneo; y claro, pasan silenciosos, lentos, para que nadie se aperciba de su presencia. En las terrazas de los cafés hay poca gente. En alguna de ellas puede observarse hasta la ausencia de esas personas que las caracterizan. Esas personas que se sientan todos los días a la misma mesa, desde el principio al fin del buen tiempo. El señor solitario que hace de su mesa feudo y atalaya de sus afanes vespertinos; hombre entrado en años por lo regular, que lee el periódico, habla con los camareros y se sabe la vida y milagros de la clientela y de la dependencia. Los actores o actrices de notoria veterania, que se dan el último notición de su mundillo farandulero.

—Dicen que forma Fulano.

—Quita, por Dios; hubieran contado conmigo.





Y acaban contándose todos los días las mismas anécdotas del tiempo de doña María:

—Pues verás. Una noche en Valladolid tenía yo un mutis en el Don Álvaro con Fulano, y al iniciarlo, qué dirás que sucedió, pues...

Y ese grupo de amigas añosas y gordas, que tratan de sorprenderse con vestidos y adornos, y en cuyas actitudes y miradas hay todavía un optimismo de ilusión que se resiste a sucumbir. Claro que ahora, en verano, todos estos tipos característicos de las terrazas madrileñas se encuentran sustituidos o mezclados con la estrafalaria semidesnudez esperpéntica de los turistas baratos.

En la calle de Alcalá, esquina a la de Peligros, el mentidero de los del toro, postura y lámina, fan-

farronea fachendoso jugando al corro en cada grupo con el último sensacionalismo taurómico.

—A ese chaval le van a tener que apartar los billetes con una pala para que pueda andar. ¿Pero tú te has dado cuenta de lo que hizo el jueves?

—Ese es un "chalo". Un espontáneo, sólo que con autorización para tirarse al ruedo.

La plaza de Oriente tiene en las tardes madrileñas de verano toda la belleza evocadora y romántica de su romance. Por ella no pasan años; pasan trajes, iluminaciones, coches, que cambian según la moda de los tiempos. Pero ella sigue igual: con su alma isabelina, con sus niñas cantando el corro de "la viudita", como en los tiempos de la reina castiza; con sus niñeras y soldados manoseando su idilio pue-

blerino vestido de uniforme; con su fuente que dice en su canción de espuma y perlas, día tras día, el romance de aquella reina Mercedes, tan amada por el real mozo de las patillas, don Alfonso XII, nuestro señor; con el bronce galopante de don Felipe IV, despejando como un aguacilillo el ruedo, para la gran corrida de la historia. Allí están en rueda de regias estatuas los lidiadores, para enfrentarse con el morlaco de su reinado. Un avión rubrica de vez en cuando en el azul del cielo de los madriles sus acrobacias; y la abeja zumbante de sus motores clava su aguijón en la rosa de la tarde.

Hay en esta plaza de Oriente aroma del Madrid de otras edades, un tipo que de antiguo recorta su silueta en la estampa nostálgica de ayer de este paraje madrileño. El



ANTONIO CASERO

tipo es un fotógrafo callejero con un caballo excepcional. Un caballo de cartón que no es el caballo de las verbenas ni de los parques. Es un caballo con empaque militar de parada. No pueden los niños montarse a él con sombrero cordobés ni con traje de mejicano o de guacho. Hay que ir de uniforme o adoptar una actitud castrense de capitán para arriba. Fotógrafo y caballo llevan muchos años de servicio; su misión es que no muera en la romántica plaza la bizarría cabalgante de su extinguida guardia de Húsares.

Al pie de la estatua de don Pelayo está la estación de partida de un cochecillo tirado por un borriquito, que por una peseta por niño da la vuelta a la plaza. De su techo cuelgan pequeñas campanillas metálicas, de las que pende una ca-

deneta. Los viajeros las hacen sonar durante el recorrido. Los viajeros tienen de tres a cuatro años; los hay más chicos, como los hay también hasta de cinco. Al principio, van serios, mirándose unos a otros con recelo, o buscando con la mirada a la madre o a la niñera entre las gentes que van a pie rodeando el coche. Al final del trayecto, ríen y gritan, tiran frenéticamente de las cadenas que hacen sonar las campanillas. El borriquito, que es un filósofo y que ya sabe lo que ocurre, sonríe suficiente. Y el caso es que esta sonrisa la ha visto uno por ahí más de una vez, por no curarse la costumbre de tratar con gentes famosas.

En el Viaducto suele haber personas acodadas a su barandilla que pasan en estos anocheres de verano mucho tiempo como mirando la

sinfonía de verdes lejanos de La Florida, los grises serranos que inmortalizó el famoso don Diego de "Las Meninas". De vez en cuando miran el hondo barranco de la calle de Segovia. Uno sufre mucho al verlos, porque cree que van a suicidarse. Después no se suicidan. Lo que pasa es que están esperando a su novia formal para casarse. Claro, que la cosa se parece bastante.

La piel del suelo madrileño se averruja en verde en estos días veraniegos con sus múltiples puestos de melones. Los hay acá y allá. En casi todos los barrios. De pronto, un carro tirado por dos acémilas se para junto a ellos para proveerlos de mercancía. El melonero coge en el aire los redondos frutos que le va echando el hombre del carro con gracia y habilidad, destreza que envidiarían muchos porteros de Primera Divi-



sión. Luego los da a una mujer que, tras hundirles en la corteza la yema del dedo pulgar, los va colocando clasificados en el montón. Llega un matrimonio, por ejemplo, que va a comprar. Entonces se interrumpe la faena de aprovisionamiento. El melonero coge un melón, lo pesa en sus manos, lo huele, le aprieta la corteza con el pulgar y se lo entrega al matrimonio. El marido lo va a pagar, pero la mujer se opone y exige que se lo den a cata. El melonero, con una esgrima de navaja

de corte rápido y seguro, complace a la mujer, que da su asentimiento. El marido paga. Paga con una sonrisa dolorosa pensando sin duda que una de las mayores injusticias de la humanidad es que no se nos dé a catar en la vida antes de incorporarlas a nosotros para siempre tantas y tantas cosas.

Y Madrid sigue en la rueda de colores de sus verbenas, de sus fiestas de barrio, de sus salas de fiestas al aire libre, en sus paseos a lo Recoletos con nostalgia de playas, sin

agua, azucarillos y aguardiente, luciendo su tipología veraniega, que tiene, como todo lo madrileño, la gracia, el garbo y el salero que da este crisol de la Villa, al fundir en sus entrañas los tipos más característicos de todas las regiones españolas. Por eso hay quien cree que donde mejor se veranea en el mundo es en Madrid. Y el caso es que puede que tengan razón los que así piensan.

DIBUJOS DE ANTONIO CASERO





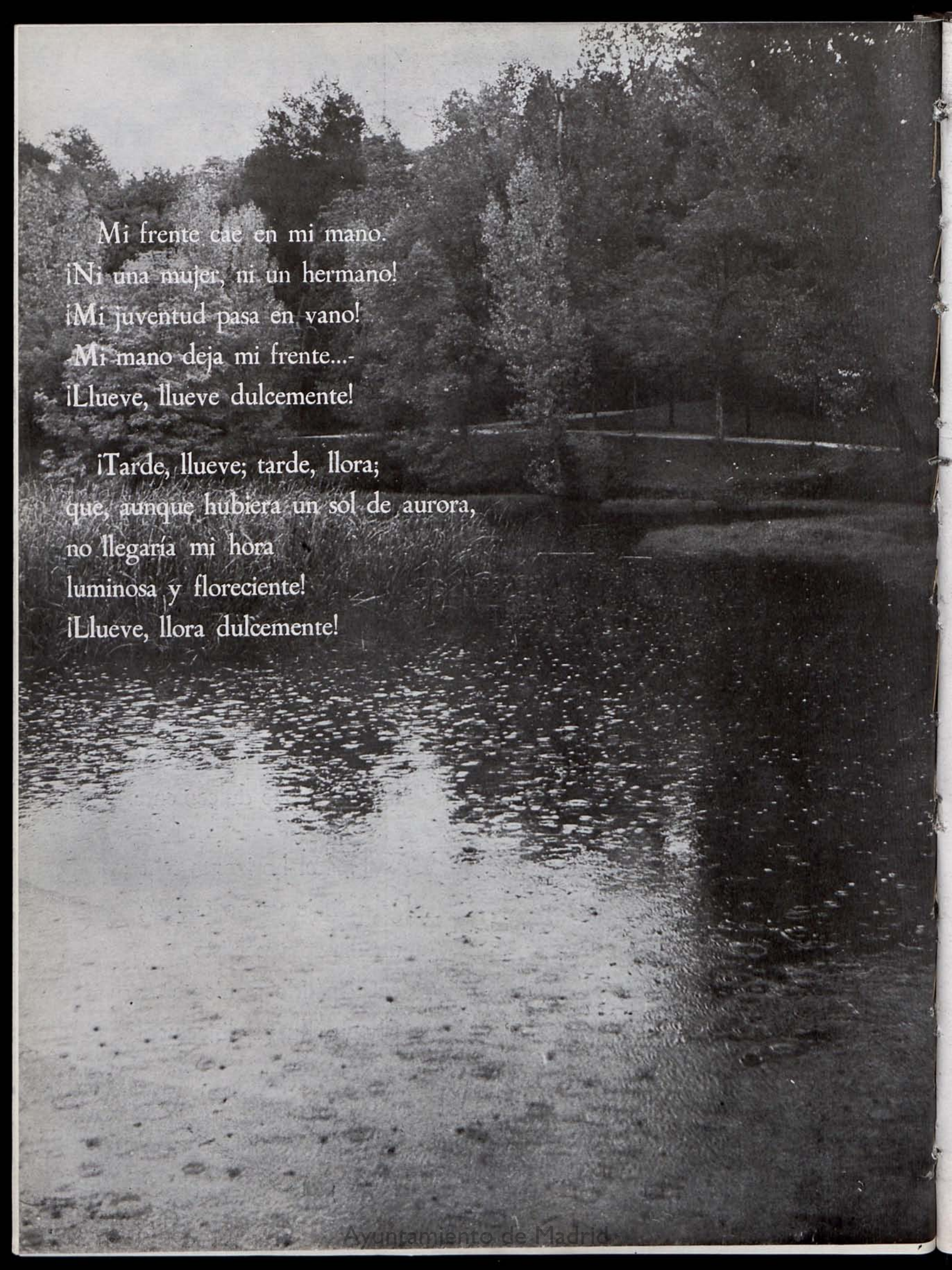
OTOÑO

...El agua lava la yedra;
rompe el agua verdinegra;
el agua lava la piedra...
Y en mi corazón ardiente,
llueve, llueve dulcemente.

Está el horizonte triste;
¿el paisaje ya no existe?;
un día rosa persiste
en el pálido poniente...
Llueve, llueve dulcemente.

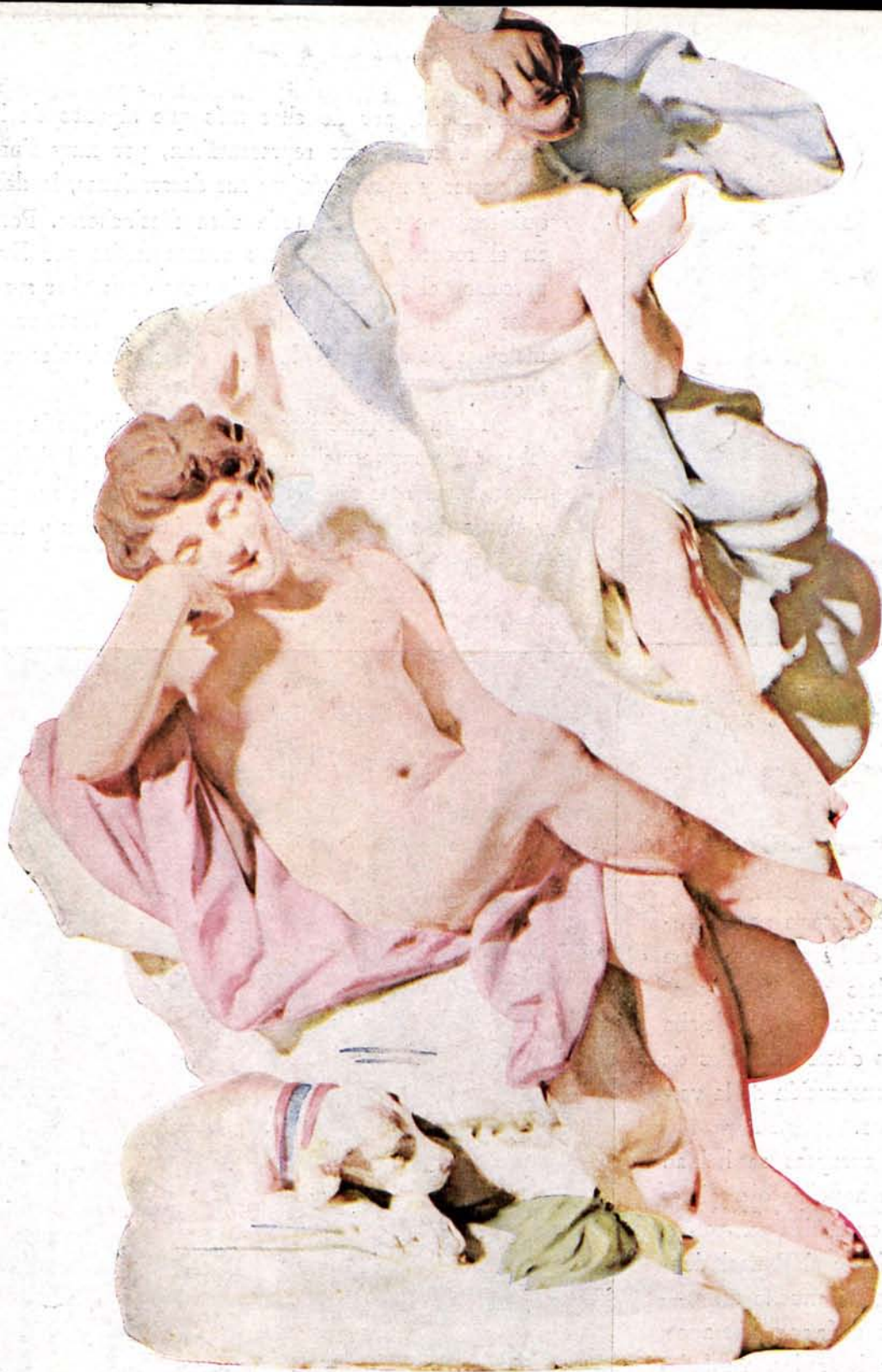
P o r J U A N R A M O N J I M E N E Z

Ayuntamiento de Madrid



 Mi frente cae en mi mano.
¡Ni una mujer, ni un hermano!
¡Mi juventud pasa en vano!
 Mi mano deja mi frente...-
¡Llueve, llueve dulcemente!

 ¡Tarde, llueve; tarde, llora;
que, aunque hubiera un sol de aurora,
no llegaría mi hora
luminosa y floreciente!
¡Llueve, llora dulcemente!



Diana y Endimión. Pasta tierna. Época de Grieci: 1760-1770



PORCELANAS DEL RETIRO

ENTRE las colecciones que se conservan en el Museo Municipal de nuestra Villa, todas interesantes y sugestivas, tiene rango especial la de porcelanas del Buen Retiro, formada con amor y desvelo por la competente autoridad de don Francisco de Laiglesia, su anterior dueño. La calidad y belleza de sus ejemplares demuestran claramente la importancia que la Real Fábrica tuvo entre las artes industriales de su época.

Fundada por Carlos de Borbón cuando todavía no reinaba más que en las dos Si-



Vaso - termo (tres piezas) de imitación oriental. Finales del siglo XVIII

cilias, nace esta factoría por la voluntad del rey de llevar a cabo una empresa de altos vuelos, respondiendo así al afán que se dejaba sentir entre las clases escogidas de su época: la consecución de la verdadera porcelana.

Las Cortes europeas se habían cansado ya de aquellos ejemplares cerámicos que en reñida competencia lanzaban desde el Renacimiento —y en España mucho antes— los distintos alfares artesanos. Aquellas lozas lustradas, verdaderas obras de arte las más veces, que fabricaron en España, Paterna o Manises, Talavera, Sevilla o Puente; en Italia, Faenza y Urbino; en Francia, Nevers y Rouen, y, en Ho-

landa, Delft, por no citar más que algunas de las verdaderamente afamadas, no representaban, por muy finas que fueran sus pastas y muy artísticas sus decoraciones, la delicadeza y exquisitez que requiere toda obra dieciochesca. Por el contrario, en el rococó francés y sus consecuencias por Europa halló la porcelana el ambiente propicio para desarrollar sus modelos, frágiles y delicados como las pinturas de Watteau, las celestiales melodías de Mozart o las no menos admirables sonatas de Beethoven.

Al difundir la célebre Compañía de Indias la porcelana oriental por Europa, aquellas gentes refinadas del siglo XVIII se inclinaron reverentes ante el prodigio sonoro de sus piezas, el brillo y finura de sus pastas y barnices, la delgadez y transparencia de



Escena popular napolitana. Epoca de Gricci



sus paredes, y, sobre todo, la minuciosidad y perfección del decorado, en el que entraban, además del oro, toda la gama de colores, desde los más suaves y apagados hasta los más vivos y brillantes. Y fueron precisamente los monarcas y magnates de Occidente los que tomaron sobre sí la tarea de llegar a la fabricación de porcelanas. Fué éste un intento arduo que sólo consiguió en un principio, y de manera casual, la fábrica de Meissen, en tierras de Sajonia, cuyo elector, Federico Augusto II, rey de Polonia, se convirtió al punto en celoso guardador del secreto, cuando tantos países andaban ya afanados en su busca.

A él recurrió Carlos de Nápoles acuciado por la belleza de la vajilla con que el elector le obsequió al ca-

Escena inspirada en un poema de la "Jerusalén libertada", del Tasso. Pasta dura. 1770-1790



"El Invierno". De la serie "Las cuatro estaciones". Epoca de Gricci



Bizcochos de la época de Sureda



Jarrón imitando a la porcelana de Wedgood. Flores también de porcelana. Fines del siglo XVIII



Venus y Cupido. Época de Grieci



Escena de inspiración napolitana. Hacia 1750



Polymnia y Cornelia con uno de los Gracos. Primeros años del siglo XIX



Jarrón de influencia sajona. Fines del siglo XVIII



Rollero napolitano. Primeros años de fabricación



Escena a lo Teniers. Epoca de Grieci

sarse con su hija María Amalia: una de las maravillas de Meissen, decorada en verde, negro y oro, con delicadas escenas de Watteau y las armas reales a todo color, varios de cuyos ejemplares se conservan en distintos museos madrileños. No accedió el suegro, preocupado por el porvenir de su industria floreciente, a la petición de Carlos de enviar operarios a su proyectada fábrica. Pero nuestro rey ya había concebido el plan, y consciente de la importancia que puede tener en sí una pieza artística de porcelana, ya que han de colaborar en su ejecución modeladores, escultores y pintores, y, por tanto, bien puede representar el nivel cultural de un pueblo, no reparó en sacrificios para llevar adelante su empresa.

Nápoles, tierra brillante de artistas, le proporcionó su primer equipo de modeladores y pintores, y de Alemania trajo al químico Livio Scheprs y a su hijo, quienes, junto con los Gricillos, Bautista, etc., formaron verdaderas dinastías de artistas, dedicados con empeño a conseguir el mayor esplendor para la fábrica. Comenzó el rey su empresa en los jardines del Palacio Real de Nápoles, y más tarde, en 1743, fundó en Capodimonte su gran fábrica, que hubo de trasladar a Madrid en 1759 al ser nombrado rey de España. Fué un trasplante completo con toda clase de materiales, máquinas y empleados, que hace difícil distinguir las obras fabricadas en estos primeros años en uno u otro reino.

Se escogió como lugar de su emplazamiento los jardines del Buen Retiro, en las inmediaciones que

ocupa hoy la estatua del Angel Caído, y en seis meses quedó la obra terminada. Se denominó «La China», y tenía tres plantas, contando además con un taller destinado a la fundición, cincelado y doradura del bronce, un laboratorio de piedras duras y mosaicos al estilo italiano y otro para la talla del marfil.

Como se ve, fué una empresa de gran envergadura, en la que tanto Carlos III como su hijo Carlos IV

pusieron todo su entusiasmo, llevando artistas de la Academia de San Fernando y convirtiendo bien pronto la Fundación en un verdadero centro de arte.

Empezó la fábrica trabajando con pastas caolínicas blandas, pesadas y porosas, llamadas porcelana tierna; fácilmente moldeable, pero muy sensible a los cambios bruscos de temperatura; apropiada, por tanto, para el moldeo, pero muy difícil para la confección de piezas de vajilla. Sin embargo, el afán de mejora constante en que vivían los distintos científicos y artistas de la

fábrica hace que las pastas vayan endureciéndose, vitrificándose y purificándose hasta conseguir al final la verdadera porcelana, cuyos productos compitieron con los mejores ejemplares de Sèvres y Sajonia.

Pero con pastas mejores o peores, más tiernas y más duras, fueran verdaderamente porcelana o no, el mérito de esta fábrica está en el carácter artístico de todas sus piezas, debido, como ya hemos dicho, a la pléyade de artistas que formaron siempre en sus galerías de escultores y pintores.

Sus productos reflejaron siempre las distintas inquietudes y tendencias artísticas de cada época, y siem-



*Un pasaje de la "Jerusalem Libertada", del Tasso.
Epoca de Gricci*

pre tuvieron un sello especial que los denuncian como nuestros. El ambiente napolitano de luz, alegría y color en que nació la fábrica vino a conjugarse bien pronto con la fuerte tradición realista del arte español, dando por resultado una obra que, si bien deficiente en un principio en cuanto a la calidad de la pasta, resalta frente a las mejores producciones extranjeras por sus características de humanidad, realidad y vida.

Fueron muchas y muy variadas las obras salidas de esta fábrica, desde las grandes empresas cerámicas, como son los revestimientos de una sala en los palacios reales de Nápoles, Aranjuez y Madrid, hasta las más insignificantes piezas de vajilla, pasando por una serie de jarrones, espejos, relojes, candelabros, tabaqueras, flores, etcétera, todas ellas codiciadas hoy por los coleccionistas y aficionados a la buena porcelana.

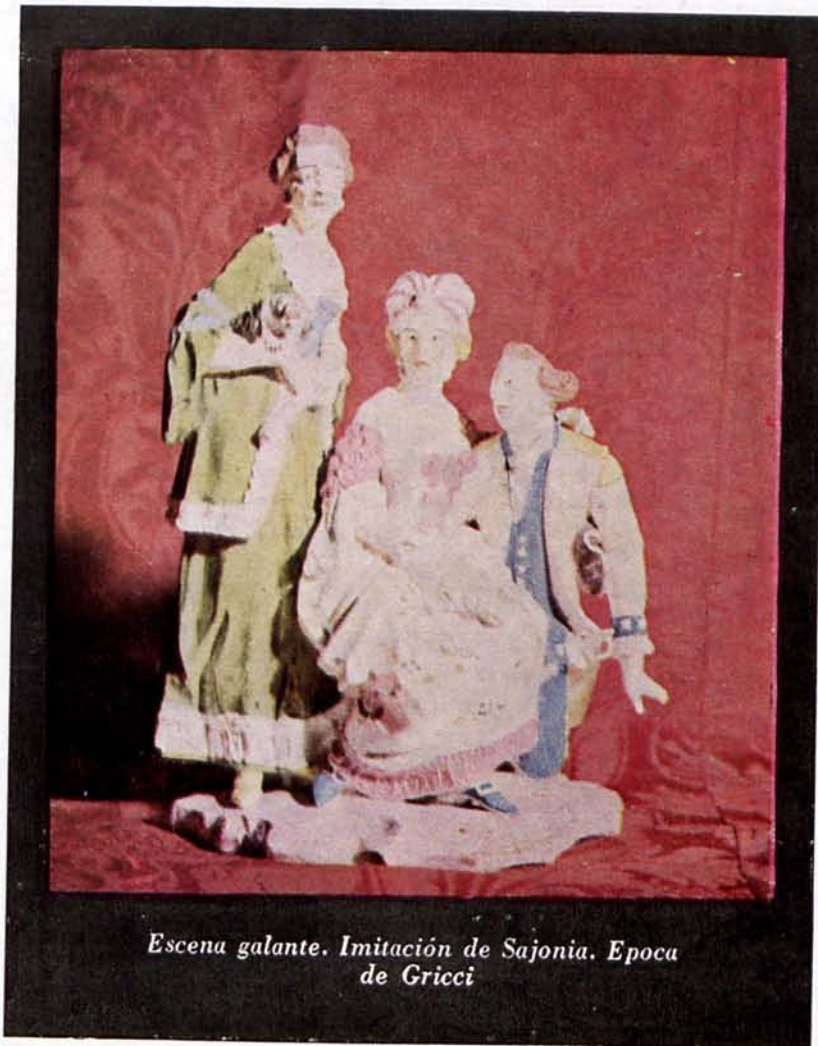
Pero la obra más característica y la que mejor lleva impresa el genio de nuestra raza es la escultórica, a la vez

numerosísima y variada. Se hacen figuras y grupos mitológicos, báquicos y anacrónicos; chinos a lo Boucher, o campestres a lo Watteau; se copian escenas de Teniers y tipos de Goya; figuras populares napolitanas y cuadros de asunto religioso; todo con una expresividad, movimiento y colorido pocas veces superados. Y es más, con gran precisión y emoción en los asuntos religiosos y con sinceridad en los populares, pero demostrando franca despreocupación y libertad absoluta de interpretación en cuanto a la mitología y asuntos alegóricos se refieren.

Sin embargo, las corrientes neoclásicas de fines del

siglo XVIII hacen que la fábrica, bajo la dirección de Bartolomé Sureda, entre en una producción regular de piezas escultóricas, que son muchas veces trasunto de obras clásicas, sin perder, dentro de sus reducidas dimensiones, la belleza, proporción y esbeltez que caracterizan a sus modelos. Son los llamados «bizcochos», verdaderas esculturitas en porcelana blanca que suponen uno de los mayores aciertos de la última época de esta malograda fábrica.

Marchaba ésta bajo muy buenos auspicios cuando la guerra de la Independencia vino a dar al traste con su gloria; y lo más lamentable es que no fueron sólo los franceses los encargados de la destrucción de la fábrica, sino que también el general inglés Hill aprovechó su paso por Madrid para prender fuego a sus últimos reductos. Con ello los ingleses cobraron bien sus servicios como tropas aliadas, dejando nuestra industria cerámica sin posibilidad de competir con sus productos de



Escena galante. Imitación de Sajonia. Epoca de Gricci

Chelsea y Yedgood, que, por otra parte, con tanto éxito habíamos ya imitado.

Pasadas todas las vicisitudes de nuestra guerra de Independencia, fueron inútiles los esfuerzos de Sureda, nombrado nuevamente director, y el entusiasmo de Fernando VII y de su esposa Isabel de Braganza para levantar el rango de la fábrica, construída esta vez en la Moncloa. No se consiguió ya más que una producción mediocre, en la que abunda la loza, con escasez de porcelana. La fábrica lleva así una vida lánguida y sin provecho durante la primera mitad del siglo XIX, ante la competición de nuevas cerámicas es-

pañolas como la de Sargadelos, la de Pikman, de Sevilla, y «La Amistad», de Cartagena, que siguen más de cerca las corrientes y gustos de la época.

En la actualidad, nuestro Caudillo, con loable afán de recoger la tradición artística de aquella Real Fá-

brica, en su fundación de Fuentelarreina está llevando a cabo un resurgir de nuestras artes industriales, entre las que destacan muy finas porcelanas, muchas de las cuales siguen de cerca los modelos que «La China» del Buen Retiro nos ha dejado.



M A R I A D I N A R E S H E R R E R A

EL CUATERNARIO EN MADRID

Entrevista con el Concejal Delegado
del Instituto Arqueológico Municipal,
D. ANTONIO NAVARRO SANJURJO



EL reciente Congreso celebrado en Madrid sobre el Cuaternario ha actualizado la callada e interesantísima labor que aquí realiza un reducido grupo de arqueólogos. El cronista, que siempre ha sentido admiración por el investigador de épocas más o menos próximas, ve acrecentado su respeto ante estos hombres que tienen que remover tierras y desviar corrientes de agua con el fin de darnos un esquema de lo que ocurría en el mundo hace más de un millón de años.

Con el fin de informar al posible lector de esas realidades he mantenido una conversación con el Concejal Delegado del Instituto Arqueológico Municipal. Si tuviera que definir a Navarro Sanjurjo con un solo adjetivo, quizá usara éste: ponderado. La impresión que transmite a través de la entrevista es de un perfecto equilibrio intelectual. El pelo plateado da a su figura aún juvenil una mayor nobleza. Su gesto es mesurado. Su palabra técnica, precisa; su palabra social, cálida. Inicia el diálogo con unas frases que reflejan la sencillez de su personalidad:

—Le ruego que las preguntas que me haga sobre el Cuaternario sean elementales, pues, en contraste al tema que se refiere a época fabulosamente lejana, mis conocimientos acerca del mismo, además de ligeros, son muy recientes.

El cronista, que sabe la gran preocupación de Na-

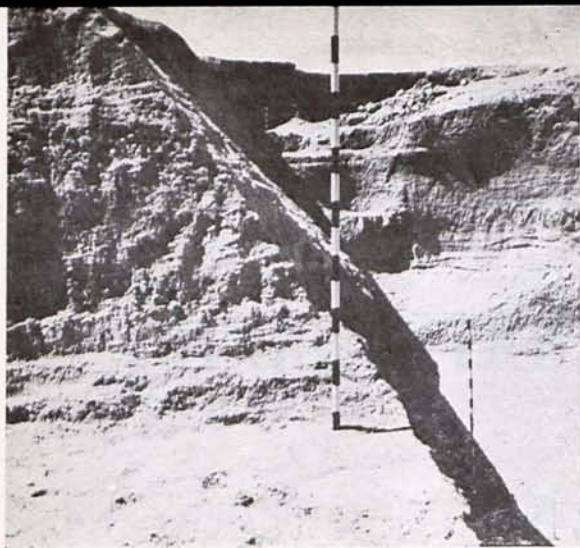
El señor Navarro Sanjurjo con un grupo de congresistas

varro Sanjurjo por este tema, le interrumpe, pero él apostilla:

—Mis conocimientos parten, exclusivamente, de mi cargo de Concejal Delegado del Instituto Arqueológico Municipal, que motivó el profundo interés que siento por los trabajos que dicho organismo realiza, bajo la dirección del profesor Santa Olalla.

—Supongo que a ese entusiasmo habrá contribuido





Un aspecto del filón del Manzanares

su profesión de arquitecto, tan vinculada a la Arqueología...

—Sí, claro. Pero independiente de ello, creo que existe una especie de veneno que actúa sobre todos los que se asoman a esta clase de trabajos, interesándose insensiblemente, pero de una forma creciente, en los mismos.

—¿Dónde estará situado el Instituto Arqueológico Municipal?

—En el magnífico parque de la Fuente del Berro. La instalación del edificio se está ultimando. Allí funcionarán, además de los locales de oficina, laboratorio, biblioteca, etc., tres grandes salas destinadas a Museo.

—Dígame una de las dedicaciones más relevantes del Instituto.

—Continuar los trabajos de excavación en el Manzanares, que, en su día, serán publicados en el «Anuario», órgano oficial del Instituto.

—La era cuaternaria, a la que pertenece la cuenca del Manzanares, ¿exige técnicas especiales en las excavaciones para evitar que se estropeen los restos?

—Sí. Toda excavación arqueológica requiere una técnica exigente.

—¿Cómo son los depósitos sedimentarios de esta era?

—En realidad, como los de todas las épocas geológicas de esta naturaleza, aunque con una finura en los detalles que nace de su modernidad, geológica, claro está.

—¿Qué consecuencias teóricas se han sacado del estudio del Cuaternario?

—Muchas. Pero para mí, como Delegado del Instituto, las más interesantes son las que se refieren a la evolución y cambio de suelos, climas, flora y fauna.

—¿Y en el orden práctico?

—Aunque escapan a mi obligado interés, creo poder afirmarle que todas las grandes ciudades y la mayoría de las pequeñas, están ubicadas en los aluviones de los ríos.

—¿El Cuaternario en la Geología?

—Es el último episodio de una historia de miles de millones de años, que reducida a veinticuatro horas daría, para el Cuaternario (según conocida frase), las 23,55.

—¿El Cuaternario en la Prehistoria?

—Puede considerarse como la época más trascendental, puesto que en ella tiene lugar la aparición del hombre sobre la tierra.

—¿Cuál es el valor de las excavaciones realizadas en el Manzanares?

—Juntamente con algunos yacimientos descubiertos últimamente en Africa, es de los más ricos e importantes del mundo.

—La investigación prehistórica del Manzanares, ¿ha sido obra de extranjeros o de españoles?

—En realidad, puede considerarse nacional, con aportaciones extranjeras.

—Cuéntenos su proceso.



La cuenca del Manzanares en plena actividad



Estas excavaciones, cuidadosamente realizadas, dieron lugar a importantes hallazgos para el estudio del Cuaternario

—Descubiertos los yacimientos hace unos cien años, por unos obreros cuyos nombres se ignoran, fué Casiano del Prado el primero que los dió a conocer en su magnífico libro. Más tarde, Pérez de Barrados, con sus interesantes y prolongados trabajos. Martínez Santa Olalla, con el Seminario de Historia Primitiva y su equipo. Royo Gómez, el Conde de la Vega del Sella y tantos otros que, en mayor o menor cuantía, han puesto de relieve la importancia de la Prehistoria madrileña. Respecto a los extranjeros, hay que destacar dos

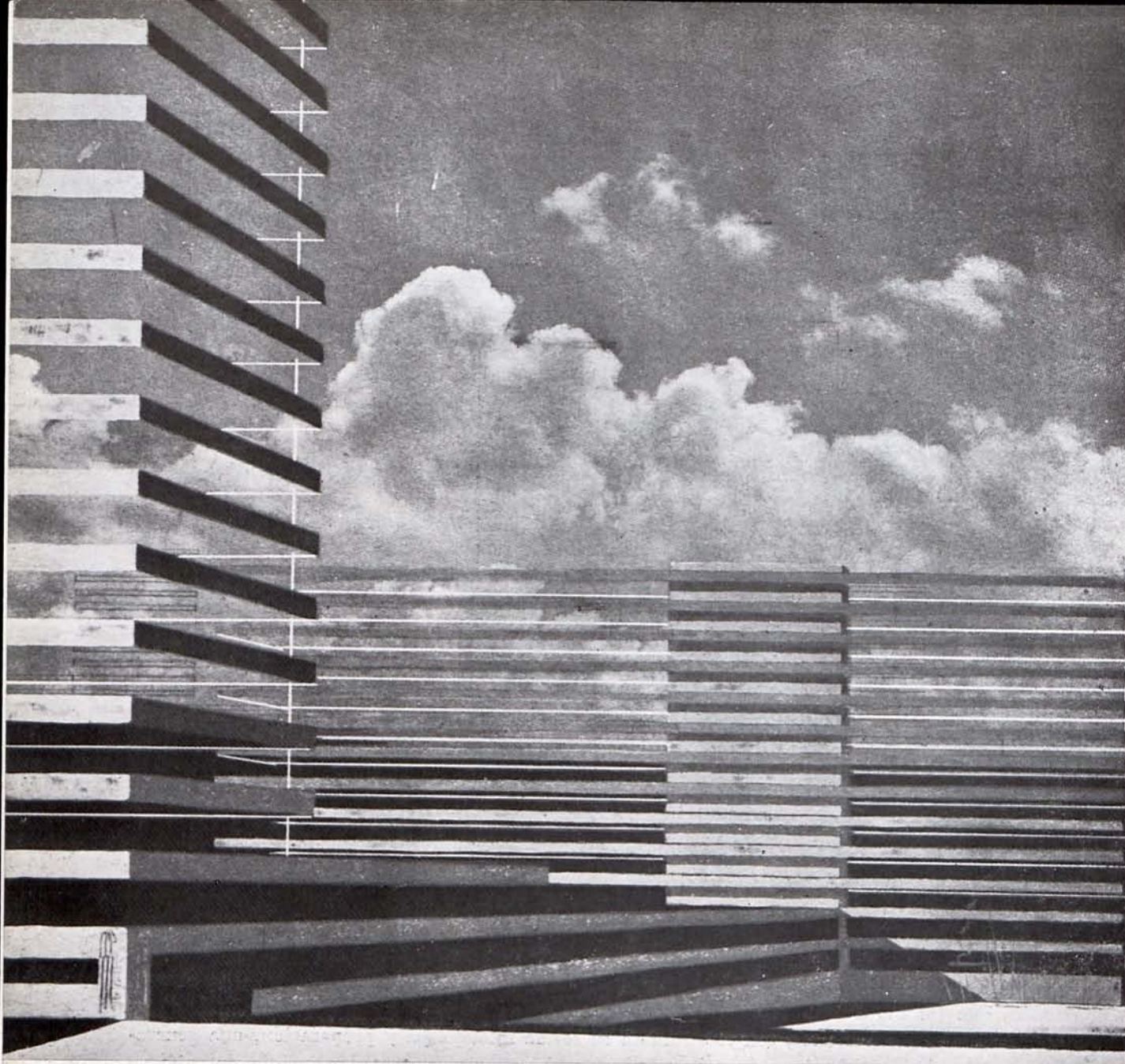
grandes figuras: la del alemán Hugo Obermaier y la de Paul Wermert.

Me despido de Navarro Sanjurjo, de este hombre que une a su sólida inteligencia y preparación, una generosidad poco frecuente, ya que al principio del diálogo rogó al cronista que le hiciera sólo preguntas elementales sobre este tema, dando por supuesto que uno le podía hacer otras más profundas. Gracias.

V I C E N T E C A R R E D A N O

En las mesas se clasifican algunos de los objetos encontrados en el yacimiento madrileño del Manzanares





LAS CIUDADES SATELITES

LA ciudad se queda quieta en su corazón. Parece que ahí se remansasen los viejos recuerdos, las tradiciones y las leyendas, que prolongan la ciudad a través del tiempo. El corazón de las ciudades no se mueve, y, todavía, diríase que la cercan las murallas. De vez en vez, las murallas desaparecen, y resurgen, después, mutiladas, en ocasión de cualquier trabajo. Así se dan esas partes viejas de las ciudades, que los que las aman gustan recorrer despacio, en silencio, como si temiesen despertar el pasado. Barcelona es buen ejemplo de esto, con el gótico más perfecto, más hondo, de la Península, y también Madrid, con su barrio de callejas, plazas quietas, mesones

MADRID QUE CRECE

de otros encuentros e iglesias redondas, tan femeninas en sus cúpulas. En su barrio austríaco duerme el corazón de Madrid, tranquilo, antiguo y señorial, como una música que ya no suena y que, sin embargo, se recuerda siempre.

Pero en su perímetro la ciudad crece. Así como en su corazón reside, un poco estático, lo que fué, en el perímetro de las ciudades se adivina lo que van a ser. En este perímetro hierve la lucha entre la ciudad que se engrandece y el detritus que se resiste; entre los barrios que avanzan la osadía arquitectónica de sus edificaciones y las gentes de no se sabe dónde, que se aferran a la tierra como despojos. En todos mis viajes, en todos mis pequeños descubrimientos ciudadanos, el suburbio se me ha venido a los ojos como un campo de batalla. El suburbio cerca a las ciudades, tal que en un asedio. Se dijo que era inútil luchar contra él, que retrocedía como las mareas, para avanzar de nuevo su ola pestilente. Lo cierto es que la lucha contra el



Nueva barriada del Puente de Toledo, moderna y popular, que se amplía actualmente.



Barrio popular en construcción.

suburbio constituye uno de los grandes problemas de las ciudades; problema que no es de ahora, sino de siempre. A él —afuera, a las afueras— se expulsaban los apesadados, los leprosos, los ladrones, los que no sabían de honor; el Medioevo es, todo, una corte de los milagros que baila, canta, gime y llora a la sombra amurallada de la ciudad.

Los suburbios tienen algo triste. Incluso las zonas fabriles, las zonas industriales, de grandes chimeneas y penachos oscuros como cabelleras, producen una sensación deprimente. Y es que en ellas se anula al individuo para sustituirle por la masa. La sonrisa triste de Charlot, la ironía sin hiel de René Clair, se recrearon en este tema del hombre anulado por la máquina, de las gentes que no son, sino que sirven. En torno a las ciudades se extiende un cinturón hosco, muy de novela de Hila Herburn, gris, de color apagado, sin jardines. Dar alegría al perímetro de la ciudad es una de las cosas más difíciles, y más deseables, que en la vida caben, porque es indicio de que la alegría sobra.

Nos cabe el orgullo de que Madrid sea así, sobrado de alegría. De nuestra guerra acá venimos luchando con la cueva, con el hoyo, con la tierra horadada, con la chabola. Poco a poco rescatamos aquellos que, al soñar, sólo podían hacerlo en Lázaro; en el resucitado que encontró tierra sobre él. Para nuestro afán de madrileños la chabola era como una tumba donde moría, hora a hora, nuestra ilusión de un gran Madrid. Un Madrid limpio, alegre, con el techo alzado al cielo y el hogar cubierto, jugoso, propicio a todos. Fué, quizá, una de las luchas más duras, pero también más

Ciudad residencial al norte de la Villa.



Perspectiva de la nueva ciudad jardín, extendida hacia la Sierra.



bre la ciudad, las gentes vuelven a sus hogares, todo es sencillo y, sobre todo, todo es feliz. Byron dijo que el corazón del hombre es como el horizonte. Pero el horizonte del hombre no es ese de distancias sin límite, nubes lejanas y cerros a los que nunca se puede alcanzar, sino este otro, de cuatro paredes, en el que cuelgan los retratos familiares, los recuerdos, la limpia alegría de una vida que se desliza, como por un surco, entre el trabajo y la perpetuidad. El marxismo cometió el gran crimen de destruir este horizonte íntimo y propio de los hombres; estos hogares que eran de ellos solos, para crear las grandes comunidades, los cuarteles familiares, en cuyos patios se ajusticiaba a la familia. Nosotros luchamos porque esto no fuera así; y porque esto no sea así arremetemos contra la chabola, contra la choza, contra el barro, el detritus y el vicio; contra las vidas sin horizonte, porque nadie se ha cuidado de abrir ventanas a su propio corazón.

Madrid ha seguido una marcha alegre en su engrandecimiento. Año tras año se ha visto cómo las nue-

sentidas. Y hoy, aunque queden restos de aquella herencia que, como una trinchera sin batalla, nos dejó la guerra, podemos decir que algo hicimos, que algún camino fué andado, que algún árbol floreció y que en algún parque sonaron, liberadas, las canciones de aquellos niños para los que, antes, no había horizonte ni avenida. El Madrid que crece es, en parte, un Madrid residencial, ejemplo en su género, sombreado, florecido; pero es, también, un Madrid obrero, de casas que se alzan sobre eriales, sobre campos donde la loza y la herrumbre asentaban, en esos despojos que son como el cadáver de la ciudad; el pequeño cadáver que se inmola cada día. Se han creado barrios obreros, barrios para trabajadores, para gentes de la fábrica y del taller. Se han resuelto problemas y se resolverán los que queden. Hay que darle tiempo al tiempo y espacio a nuestro afán.

Nuestro afán, por otra parte, es el afán de todos. No hace mucho resonaban en las Cortes las palabras del ministro de la Vivienda con las que reclamaba para el hombre la felicidad y la dignidad del hogar. Cuando la vida se endurece, cuando al fin de la jornada, el cansancio, como una atardecida, se extiende so-

Casas edificadas por el Ayuntamiento en Vallecas para las clases económicamente débiles



Ayuntamiento de Madrid

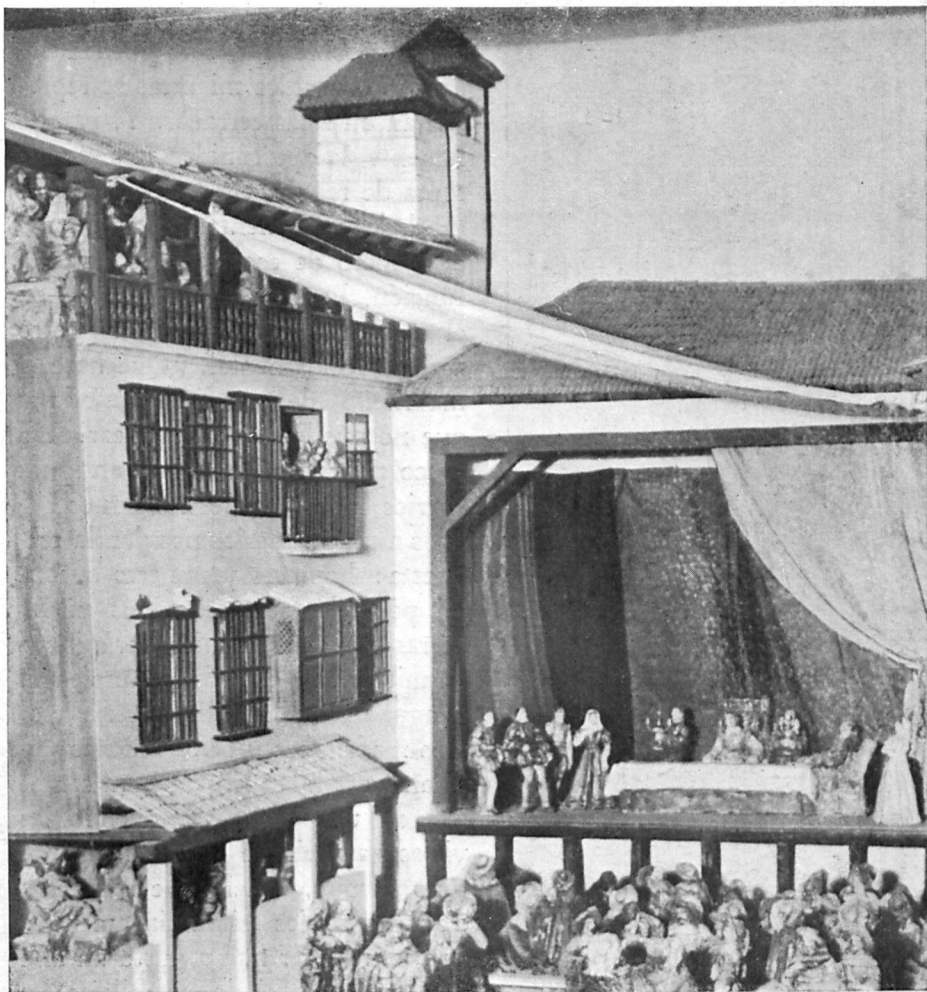


Otra vista del poblado de Vallecas.

vas edificaciones se sometían a la norma y a la gracia, a la utilidad y al amor. Asentada en una vieja tradición madrileña de ladrillo y humilde piedra dura, que Churriguera hizo florecer, esta arquitectura del Madrid de hoy enlaza, más luminosa, con aquella otra que, todavía, duerme, en las plazas de cipreses y acacias, un sueño antiguo. Lo bello en la marcha del Madrid de hoy es que no se vuelve de espaldas al ayer, sino que se apoya en él, para caminar hacia mañana.

Como prueba de ello publicamos una serie de fotografías de las ciudades satélites de Madrid. Van desde Puerta de Hierro a esas viviendas que en Vallecas ha levantado el Ayuntamiento. Madrid es para todos y resultaría hipocresía no ufanarse de lo conseguido en algún sector para resaltar desmesuradamente otro. Madrid es para todos. Lo que hace falta es que todos tengan cabida digna de él.





TEATRO AL AIRE LIBRE

POR ADOLFO PREGO

SIENDO España un país de zona templada los teatros al aire libre constituyen una necesidad. Los factores climatológicos constituyen el primer elemento que se ha de tener en cuenta, ya que el hecho de que varios centenares o millares de personas permanezcan sentadas en sus localidades presenciando un espectáculo, sin tener sobre su cabeza más que el cielo estrellado presupone que existan las condiciones de temperatura necesarias para que aquello no resulte una tortura, tortura, por lo demás, imposible, pues nadie paga para pasar un mal rato. En general, pues, los teatros al aire libre son específicamente veraniegos. Si nacieron en Grecia y Roma fué porque el clima lo permitía. Si la cultura occidental no hubiera tenido



Representación de «Felipe IV», de don José María Pemán, en el patio de Reyes de El Escorial.

su cuna en el Mediterráneo, sino en Escandinavia, lo que llamamos «teatro romano» no sería abierto. Tendría —lógicamente— el aspecto de una construcción de madera sólidamente cubierta y bien protegida de las inclemencias del tiempo. De ahí que lo primero que hay que examinar, cuando de teatros al aire libre se trata, es «si el tiempo lo permite», fórmula ya fijada para siempre por la fiesta nacional, también dependiente de que llueva o nieve o haga viento. Durante el verano, España es —salvo contadas excepciones geográficas— un país apto para las manifestaciones artísticas al aire libre.

Nos interesa ahora especialmente Madrid, ciudad que tuvo en los Jardines del Buen Retiro, hace me-

dio siglo, un famoso teatro, donde durante las cálidas noches estivales se representaban óperas y zarzuelas. Don Pío Baroja, al que Madrid debe tantos magistrales aguafuertes literarios, escribió un libro que precisamente se titulaba «Las noches del Buen Retiro», lo que en cierto modo da idea del carácter que tuvieron aquellas fiestas y diversiones. Anteriormente, y también en el Retiro, hubo los teatros de Corte. En el estanque actual, que tuvo una isla en su centro, se representaron piezas escritas expresamente para Felipe IV y sus damas y caballeros. Este aspecto tiene ahora un interés puramente histórico o erudito. En 1957, el teatro al aire libre obedeció justamente a una necesidad de signo contrario: la necesidad de llevar

a públicos de varios millares de personas las obras que sólo pueden ver grupos reducidos mientras se representan en salas cerradas. Y, paralelamente, la oportunidad que se presenta de rebajar el precio de las localidades al aumentar notablemente el número de espectadores en cada función. Pero existe también —en el caso concreto de Madrid— otro aspecto fundamental. ¿Qué hace el madrileño de condición modesta que no puede salir a veranear? Un paseo por las calles de los antiguos barrios bajos y de los modernos barrios multitudinarios nos dan la respuesta: hombres y mujeres buscan un poco de fresco sentados en las aceras, mientras la chiquillería juega en mitad de la calzada o se moja con el agua de las bocas de riego. Todos esos madrileños y otros muchos podrían estar a esa misma hora sentados en una localidad, oyendo las viejas zarzuelas o las comedias de todo tiempo, con lo que recibirían dos beneficios simultáneamente: uno, el respirar más a gusto un aire más puro que el de las callejas; y otro el que se deriva de todo refinamiento del gusto.

Hubo un tiempo en que el teatro resumía casi toda la cultura popular. Hoy ya no sucede esto, pero no obstante se sigue considerando con razón que la vida escénica puede ser un decisivo elemento de educación. Los comunistas lo comprendieron hace muchos años, y su «teatro de masas» ha procurado y aún procura ir metiendo en el cerebro de los espectadores determinadas ideas. No es esto, naturalmente, lo que hay que hacer, pero se menciona a título de ejemplo, muy sintomático por la reconocida capacidad de los comunistas para influir en los estamentos populares.

Los «corrales» de nuestro teatro clásico eran en cierto modo «teatros al aire libre». Siempre que la actividad escénica aparece ligada a públicos muy vastos, aparece «el aire libre». Frente a esa tendencia —que es connatural al teatro— existe otra de signo contrario: el

teatro minoritario, el teatro de cámara, el teatro reducido, cuya más honda significación reside en su carácter experimental y en el empleo de valores más puros, o sea menos espectaculares. Frente a grandes concentraciones públicas, el teatro acentúa necesariamente sus aspectos visuales y espectaculares con objeto de compensar así la pérdida de matices que necesariamente ha de sufrir al existir entre el espectador y el escenario distancias que a veces llegan al medio centenar de metros. Los adelantos de la acústica y la iluminación logran vencer aquellas dificultades, pero a base de lo que queda dicho: una mayor espectacularidad.

Así las cosas, desde hace unos pocos años las ciudades españolas reciben en determinados años las visitas de compañías teatrales. Frente a las catedrales, en las viejas plazas o sobre las ruinas de castillos se levantan unos decorados sumarios, y bajo la luz de poderosos focos resurge la magia de nuestros clásicos o de autores que, como don Ramón del Valle Inclán, merecía más suerte (y lo decimos pensando en la representación de «La marquesa Rosalinda», representada en la plaza de Torrelaguna (provincia de Madrid) bajo la dirección de Pérez Puig, quien demostró la viabilidad de la pieza, incluso ante espectadores poco habituados).

Que Madrid necesita de un teatro al aire libre fijo es cosa que está demostrada por los hechos. El éxito logrado por las representaciones en «La Corrala», por las que se han dado de diverso carácter en los jardines de Sabatini —desde zarzuela a autos sacramentales—, por las que recientemente fueron llevadas a la plaza de la Armería, donde revivió el difícil sino de Felipe II —poco antes desarrollado escénicamente en El Escorial—, es una prueba que no se puede discutir. Reiteradamente, el firmante ha sugerido a la autoridad municipal la conveniencia de que en el mismo Retiro se construyese una instala-



La Diputación Provincial de Madrid ofreció, en homenaje a Muñoz Seca, una representación de «La venganza de don Mendo» en el escenario natural de Villaviciosa de Odón. He aquí un momento de la representación.

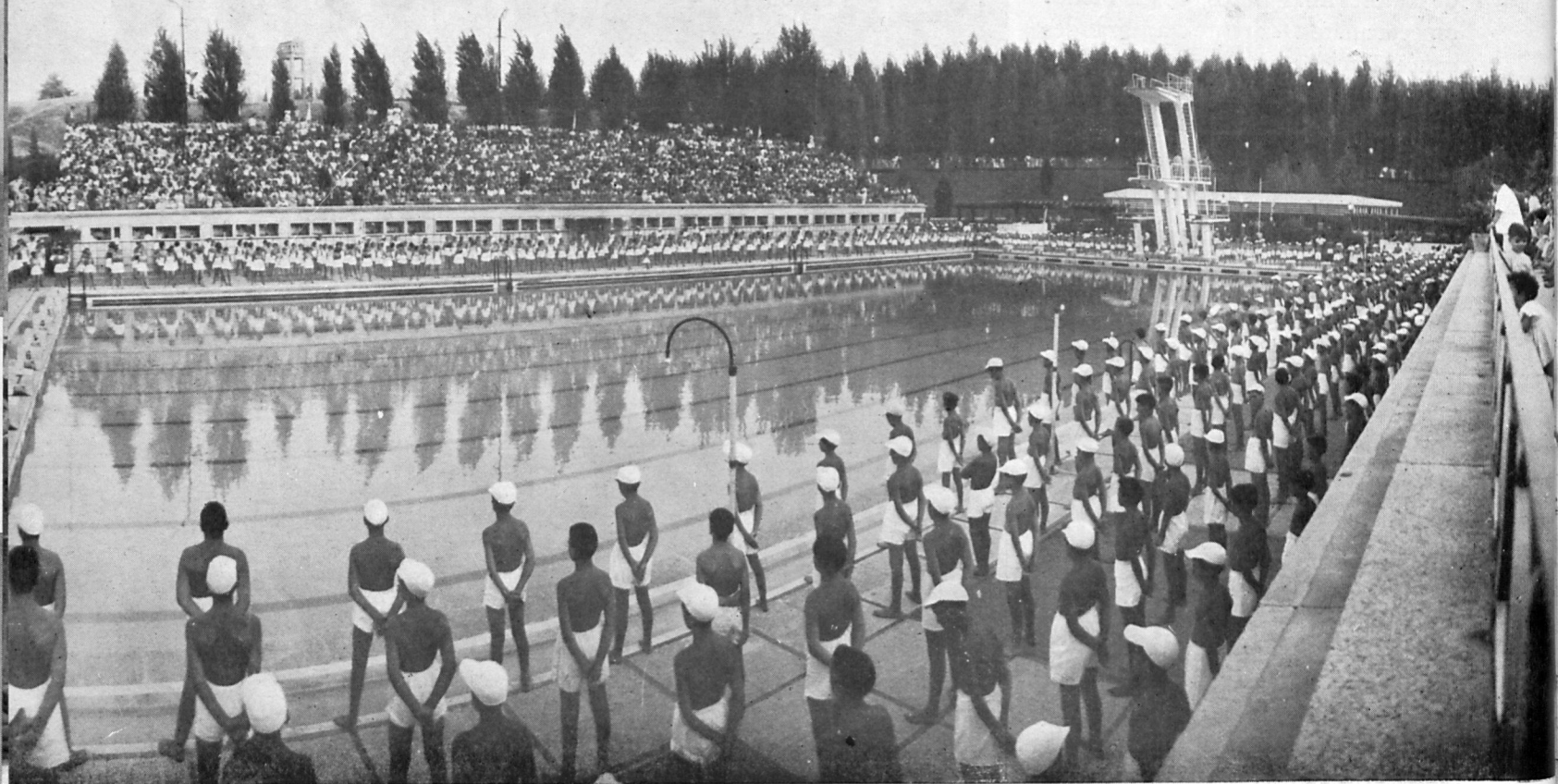
ción adecuada para teatro (de verso y lírico) y para «ballet», pero hasta la fecha no se ha logrado nada, aunque existen algunos planes a este respecto.

Habría que pensar en una instalación moderna y al mismo tiempo económica, sin grandes complicaciones, con buena sonoridad y buena iluminación. El Retiro sigue siendo, hoy como ayer, el emplazamiento ideal por su situación y porque es allí donde la temperatura en los días de verano se mantiene más cercana a la que rige en las poblaciones veraniegas.

Y quién sabe si hasta podría organizarse en torno a esa soñada instalación un programa de festivales internacionales que proyectasen el nombre de Madrid más allá de nuestras fronteras. Quien haya visitado el teatro al aire libre de la isla

de San Giorgio, en Venecia, comprenderá perfectamente las posibilidades que una construcción de este género puede ofrecer contando con un clima adecuado. En Grecia, en Italia —sobre todo en Sicilia—, en la zona mediterránea de Francia, el teatro al aire libre atrae turistas de todas partes. Las representaciones que Roma ofrece en las termas de Caracalla han logrado renombre internacional. En los Estados Unidos, la zona de California presenta auditoriums que se consideran modelo. Allí donde brilla el sol con ciertas garantías de permanencia y el termómetro pasa normalmente de los 30 grados, el teatro al aire libre es una necesidad y un gozo.

N. R. D.—Por un error de imprenta, en el pie de las representaciones de El Escorial se lee «Felipe IV» en lugar de «Felipe II».



DEPORTE

La educación física en la enseñanza municipal

ENTRE las numerosas actividades desarrolladas por los colegios e internados dependientes del municipio ocupa lugar primordial la educación física. Debido a la gran complejidad de factores que concurren en los alumnos de estos centros municipales, como son: edad, constitución física, etc., se adopta un sistema racional que hace llegar a todos los niños los beneficios de la educación física, no sólo desde el punto de vista fisiológico, sino moral y recreativo. Con tal motivo se sigue un plan que principalmente abarca dos partes: una, puramente doctrinal o docente, y otra de competicio-

nes deportivas que constituyen no sólo un estímulo, sino también un intercambio de conocimientos y una mayor difusión del deporte.

Los escolares de las instituciones municipales, además de sus clases diarias de gimnasia que reciben a lo largo del curso, participan con alumnos de otros colegios en diversas competiciones deportivas, y durante la época de verano se trasladan a distintas playas de la Península.

Los niños del internado de San Ildefonso se desplazan a Benicarló, la magnífica playa mediterránea, donde disfrutan la caricia del mar y del sol durante la jornada estival. A Alicante marchan los alumnos del Internado de

Nuestra Señora de la Paloma, de Madrid, y durante cerca de sesenta días gozan de esa alegre y agradable playa, tan saludable y beneficiosa para la infancia. Otro importante grupo, compuesto por alumnos del Internado de Nuestra Señora de la Paloma, de Alcalá de Henares, sale para Santander, y, como los anteriores, estos niños encuentran en las vacaciones el necesario descanso que, tanto pequeños como mayores, anhelamos durante todo el año. Se procura en estos breves cursos veraniegos que los alumnos no pierdan el hábito por las prácticas deportivas, de acuerdo con las aptitudes y preferencias de cada uno.

Recientemente, el pasado día 7 de septiembre, en la piscina municipal de la Casa de Campo se celebró un brillante festival de clausura, presidido por el excelentísimo señor don José María Gutiérrez del Castillo, Teniente Alcalde, Delegado de Enseñanza, acompañado de otras autoridades, tanto del municipio como del deporte nacional.

En dicho acto, y ante la presencia de unos cuatro mil espectadores, se realizaron demostraciones prácticas por una parte de los dos mil cuatrocientos sesenta y un alumnos que en su totalidad han asistido al curso escolar de educación física y natación, pertenecientes a cincuenta y cuatro

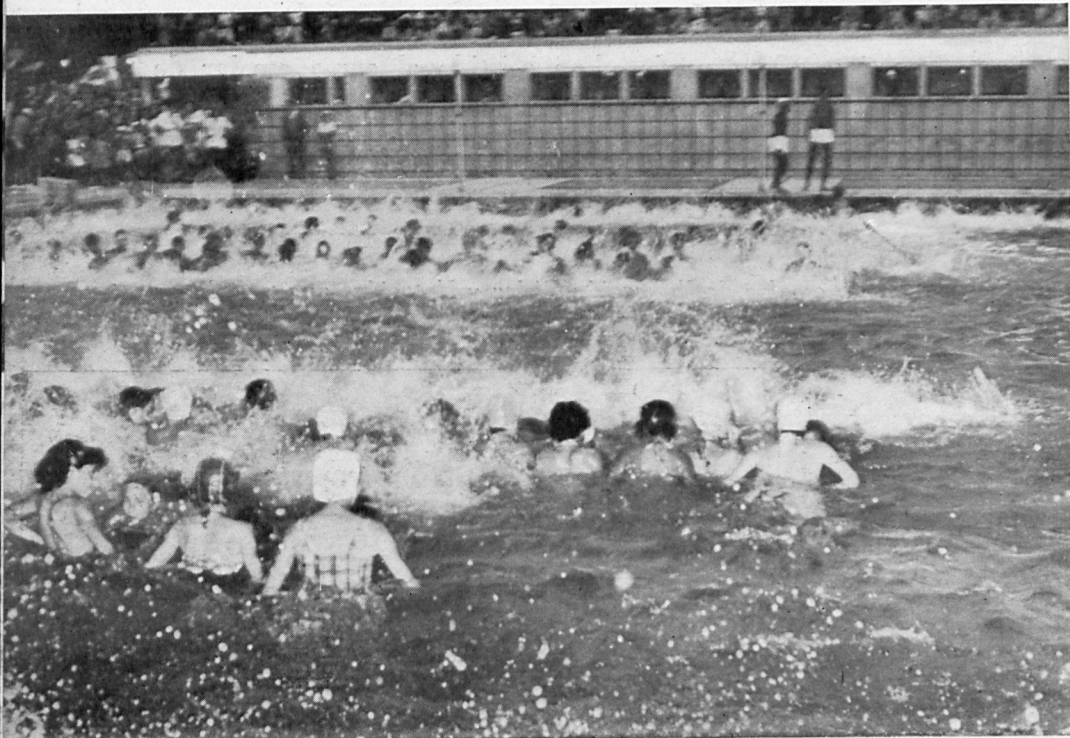
Los equipos participantes en el festival de clausura del curso escolar de Educación Física y Natación, que tuvo lugar el 7 de septiembre último en la Piscina Municipal de la Casa de Campo.





grupos nacionales y municipales, pudiéndose comprobar cómo muchos niños, en su mayoría de modesta clase social, se inscribieron, sin conocer lo que era una piscina y sin saber nadar. Al terminar este cursillo dichos niños eran verdaderos nadadores y entusiastas de este deporte.

LINO DE PABLO
 PROFESOR DE EDUCACIÓN FÍSICA
 DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID

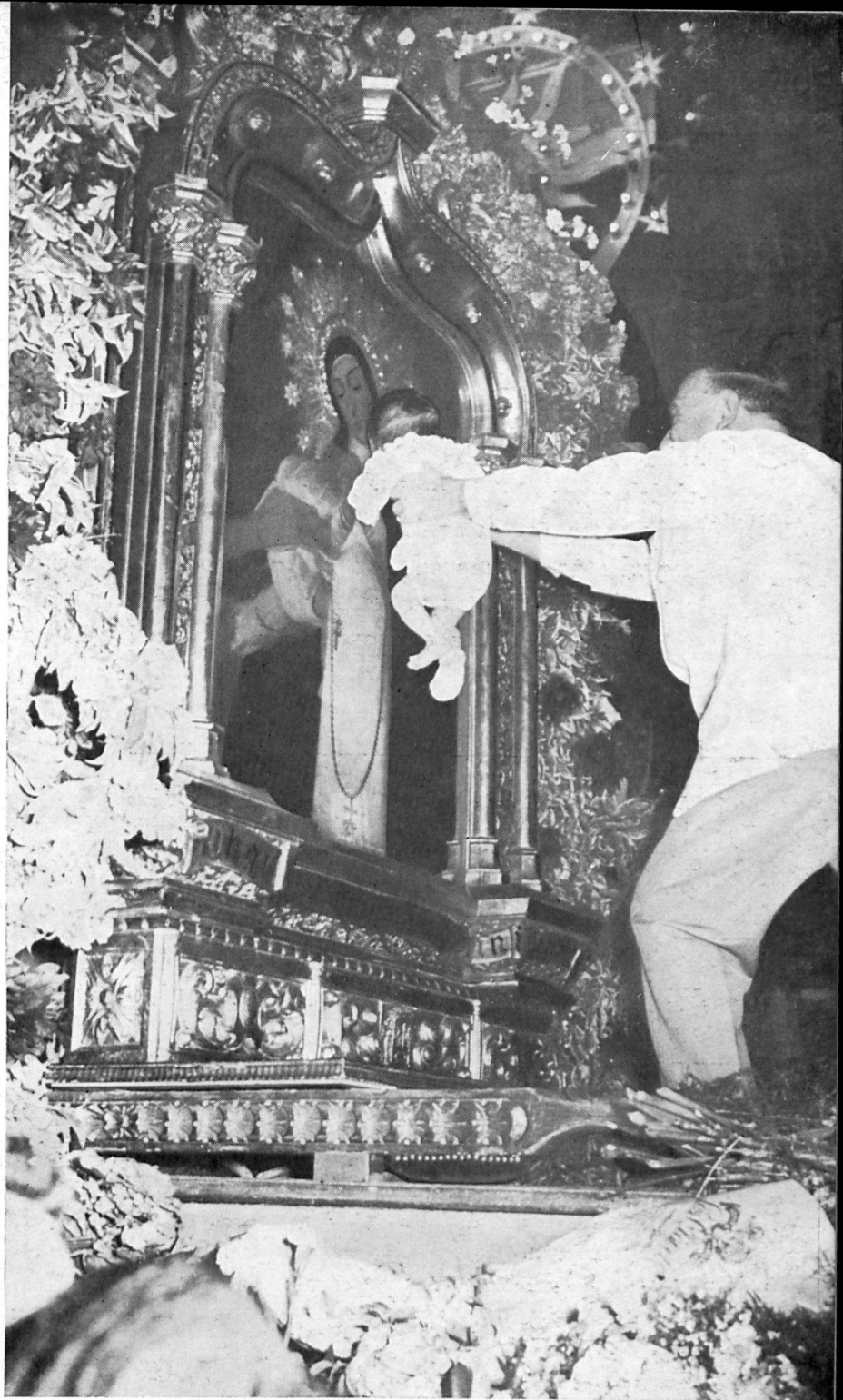


El Teniente de Alcalde Delegado de Enseñanza don José María Gutiérrez del Castillo, que, en representación del Conde de Mayalde, presidió el festival, felicita a los escolares que se clasificaron vencedores en las distintas pruebas.



Dos aspectos de las demostraciones de natación y salvamento de naufragos, que fueron ejecutadas con extraordinaria perfección por los alumnos de los Grupos e Internados Municipales.

F O T O S V I D A L



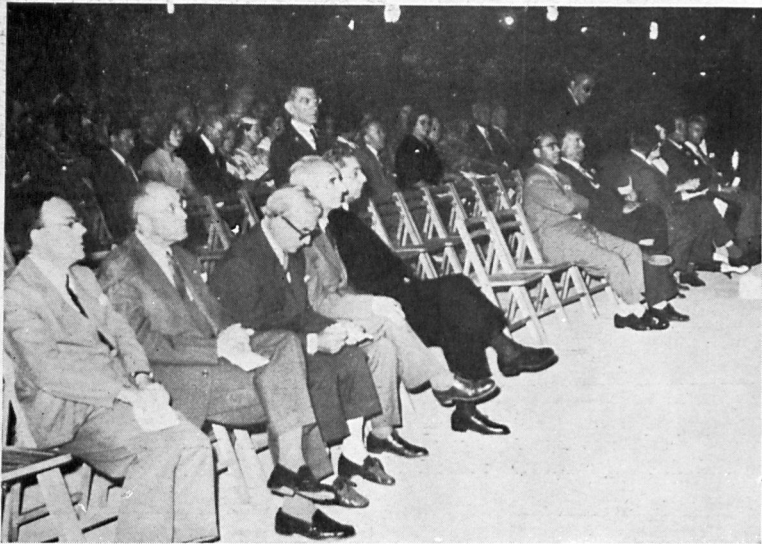
La Virgen de la Paloma es la Virgen de la ilusión madrileña. Apenas un madrileño ve la luz, sus padres se apresuran a rendirle a los pies de esta Virgen pequeña y entrañable, que preside el interior de todos los hogares y la alegría de todos los patios. Cuando el día de la Virgen de la Paloma llega, Madrid —el Madrid sencillo y antiguo, trabajador y aristocrático— se engalana como en una fiesta que fuese, a la vez, homenaje y recuerdo. Y las campanas de los barrios cantan, alegres, bajo un cielo intacto como una oración.

La vida corporativa de estos meses se encabeza, pues, devota, con esta fotografía de la Virgen de la Paloma, a la que un madrileño —un madrileño cualquiera— ofrece su hijo, para que la Señora bendiga su camino por la vida.

V I D A D E L A



El Concejal Delegado de Talleres Generales, don Justo Uslé Trueba, entrega al Alcalde de Madrid las nuevas ambulancias destinadas al Parque de Sanidad del Ayuntamiento.



Recepción en el Retiro a los participantes del Congreso del Cuaternario

El Alcalde de Madrid preside, en el templo de Santa María la Real de la Almudena, los funerales celebrados en sufragio del alma de don Carlos Castillo Armas, Presidente que fué de Guatemala



Como en años anteriores, el Ayuntamiento, presidido por el Conde de Mayalde, renueva el Voto de la Villa ante la imagen de Nuestra Señora de la Almudena, Patrona de Madrid, que recorre en solemne procesión las calles del Madrid histórico



C O R P O R A C I O N



Bajo la presidencia del Teniente de Alcalde, señor Gómez Acebo, se celebra la procesión de San Cayetano, que recorre las principales calles del distrito de Arganzuela



El Teniente de Alcalde del distrito de la Latina, preside la procesión de Nuestra Señora de la Paloma

El Teniente de Alcalde, señor Campos Pareja, en nombre de la Alcaldía Presidencia, recibe a los obreros mutilados Pablo Serrano y Fernando Palencia al regreso del viaje que éstos hicieron, en bicicleta, a Roma



El Conde de Mayalde visita los patios engalanados del distrito de la Latina, donde es objeto del homenaje popular



EL VIAJE DEL ALCALDE

Acompañado de ilustres personalidades, entre las que figuraban los marqueses de Villaverde, el Alcalde de Madrid y su esposa visitaron, en rápido viaje, el Canadá. Una vez más las dotes singulares de los condes de Mayalde constituyeron la mejor embajada de España —y, más concretamente, de Madrid— en un país, lejano en la distancia, pero muy próximo en el afecto y el corazón.



Las marquesas de Villaverde y Pastrana, con el Alcalde de Madrid, el Dr. Bovain y otras ilustres personalidades, al iniciar el viaje.

En Quebec, después de la visita al Castillo de Frontenac.



El primer ministro del Canadá, John Diejanbaker, recibe al Alcalde de Madrid en Ottawa.



AL CANADA



Recepción en la Ciudadela de Quebec, ofrecida por el gobernador general Vicent Massey.



El Arzobispo de Quebec, Monseñor Roy, en amigable diálogo con los ilustres visitantes.



Descanso en el club Mont Gaeriel, en las montañas Laurentides, al norte de Montreal

Su Eminencia el Cardenal James C. Mo. Guigau recibe a los visitantes españoles en el palacio arzobispal de Toronto.

El Alcalde de Madrid, Conde de Mayalde, es saludado por el Alcalde de Montreal, Jean Drapeau, a su llegada a la ciudad



DON MARIANO BERDEJO

EL día 15 de septiembre falleció, en accidente de automóvil, nuestro querido amigo y compañero, el ilustrísimo señor don Mariano Berdejo Casañal, secretario jubilado del Ayuntamiento de Madrid y profesor del Instituto de Estudios de Administración Local.

Nacido en Utebo (Zaragoza) el 30 de agosto de 1881, estudió las carreras de Derecho y Filosofía y Letras, y en 1903 ingresó, por oposición, en el Ayuntamiento de Zaragoza, donde desempeñó varios cargos, hasta ser nombrado secretario en 1913. En 1929 fué designado, por concurso, secretario del Ayuntamiento madrileño, puesto en el que continuó hasta su jubilación, por haber cumplido la edad reglamentaria, en 1951, después de haber prestado servicios a la Administración Local durante cuarenta y ocho años.

A su profundo conocimiento de las materias integrantes del Derecho local unía don Mariano Berdejo una extraordinaria experiencia práctica, que se hizo patente con su eficaz colaboración en la redacción del vigente Reglamento de Funcionarios de Administración Local, independientemente de numerosos estudios publicados en diversas revistas profesionales.

También existía otro aspecto inédito de su vida: sus aficiones literarias, especialmente en el campo de la poesía, solamente conocidas por sus íntimos, ya que la excesiva modestia del autor fué causa de que sus inspiradas composiciones no hayan visto la luz pública.

A todos sus familiares, y a sus amigos, entre los que nos contamos los primeros, enviamos desde las páginas de VILLA DE MADRID nuestro pésame más sentido.



El Ayuntamiento de Madrid, presidido por el Excmo. Sr. Alcalde, en los funerales de don Mariano Berdejo.

PUERTA del SOL

SUPLEMENTO DE VILLA DE MADRID • NÚM. 3

Cada número un concejal

Los tenientes alcaldes exponen sus problemas, resueltos y por resolver



JOSE MARIA SOLER DIAZ-GUIJARRO.

Don José María Soler Díaz-Guijarro nos ofrece las siguientes respuestas, en lo que se refiere a su distrito, el del Centro.

—En un distrito como en el del Centro es muy difícil calificar un solo problema como «el más importante». Soy siempre cauto para hacer clasificaciones tajantes. En su consecuencia, no creo que haya un problema importante, sino muchos problemas importantes. Admitido así el sentido de la respuesta me permitirá decir que en el año 1956, en el distrito del Centro, uno de los problemas resueltos ha sido el del zoco callejero de

la Corredera, que durante muchos años venía considerándose como de casi imposible solución.

—Sigamos con los problemas.

—Otro problema singularmente importante era el de acometer decididamente la ordenación urbana de la Plaza Mayor, uno de los recintos más bellos de nuestra capital y peor tratados por la acción del tiempo y el desorden urbano. También habrán visto los madrileños que han comenzado las obras de ordenación de las cubiertas de los edificios de la Plaza, y precisamente en estos días el Ayuntamiento Pleno ha aprobado la totalidad de estas obras, que espero puedan ir a ritmo acelerado, quedando solamente por decidir la ordenación de las fachadas, pavimento y alumbrado. Con estas obras haremos honor al rango de Madrid, y el Ayuntamiento demostrará, una vez más, su sensibilidad y respeto ante el Arte y la Historia.

—¿Algo más a destacar?

—También merece destacarse que, después de más de diez años de paralización de las obras, se haya podido inaugurar en la tradicional Casa de la Carnicería la Tenencia de Alcaldía del distrito del Centro y estén dando fin las obras de acon-

dicionamiento total de tan importante edificio (cuarta Casa Consistorial), para que a ella vuelvan servicios que se encontraban dispersos en locales inadecuados. Y, por último, considerando que uno de los problemas más importantes de este distrito es el de procurar por todos los medios el mayor decoro de las vías públicas, me sumé con el mayor entusiasmo y decisión a la iniciativa de mi querido compañero don Justo Uslé, que propugnaba la desaparición de los absurdos y mugrientos tenderetes que tradicionalmente se situaban en la Gran Vía de José Antonio, con ocasión de la fiesta de Reyes. Este acuerdo municipal no me produjo más que satisfacciones y por mi parte, bien claro está que lo he cumplido a rajatabla y que, además, también está a la vista, el distrito del Centro cada vez está más libre —hasta que se consiga la meta deseada— de otros puestos y tenderetes que afean la fisonomía de la capital.

—Actualmente, ¿cuál o cuáles son los problemas más importantes a resolver?

—El más importante, para mí —y quizá pierda un poco de la cautela de que antes hablaba—, es el que

pueda abordarse y definirse, para su realización adecuada, la reforma interior de Madrid, que el Alcalde propugna con singular decisión, eficacia e ilusión, resistente a todo desfallecimiento. Bien se comprenderá que éste es un problema de tal categoría que, sí, puede calificarse como el más importante.

—¿Más problemas a resolver?

—Sí, y no quisiera omitir el lugar que le corresponde al problema de atención a los necesitados. Los comedores de caridad, que gracias a Dios he podido inaugurar en este distrito, representan el comienzo de una obra benéfica que puede revolucionar los criterios y cauces seguidos hasta ahora, no sólo por la forma de realizarse, sino por la manera de allegar los recursos necesarios para ella. Creo, estoy seguro, de que la ayuda de mis convecinos va a acudir generosa y desbordante a nuestra Junta de Beneficencia, con lo cual podría tener la satisfacción de dejar a mi sucesor resuelto, en sus bases fundamentales, este problema que tanto nos debe preocupar a todos: el de procurar cristiano remedio a tantas necesidades.



JOSE MARIA GUTIERREZ DEL CASTILLO.

Don José María Gutiérrez del Castillo es el Teniente de Alcalde del distrito de Universidad. El le toma el pulso a los problemas a resolver y explica el principal de los resueltos, que es el siguiente:

—El de los chabolistas y familias refugiadas en hoteles y fincas dañadas por la guerra, que en número quizás superior al de quinientas familias, han sido instaladas en casas modestas, pero decorosas.

—¿Qué gran problema queda por resolver?

El de la Plaza de la Moncloa. Que se deje como espacio abierto, en vez de construir edificaciones como parece ser que se proyecta, ya que se considera que esta plaza, por su situación, constituye uno de los accesos más nobles a Madrid y en donde la instalación de un jardín contribuiría al embellecimiento de la capital, tan necesitada de espacios libres. Más que un problema es un deseo que contribuiría a hacer de Madrid la capital de todos los españoles.



ARMANDO MUÑOZ CALERO.

Don Armando Muñoz Calero trata el tema de su distrito: Retiro-Mediodía.

—Uno de los principales problemas resueltos ha sido el del embellecimiento e iluminación del Paseo del Prado, que ha quedado convertido en la vía más hermosa de la ciudad y es digno emplazamiento de una de las pinacotecas mejores del mundo, del magnífico edificio de los Sindicatos y de los hoteles de primer orden y edificios oficiales que hay en dicho Paseo.

—Sigamos con las realizaciones más importantes.

—Inauguración del Mercado de Ibiza. Ensanche de la calzada de la calle de O'Donnell, balaustrada del Puente del Niño Jesús, Calle abierta en la colonia Urbis para enlazar la avenida del Dr. Esquerdo con la de Menéndez Pelayo. Ensanche, en el Retiro, de la Puerta de Granada. Urbanizadas por completo once calles; alumbradas diecisiete calles; sustituido el alumbrado antiguo por otro moderno, en trece lugares, contando calles, paseos y avenidas. En el paseo de Santa María de la Cabeza, ampliación de la calzada con reducción de la acera, pavimentación

general, tendido de línea para trolebuses y alumbrado. Reforma general en la Glorieta de Embajadores, pavimentaciones, ampliaciones.

—Actualmente, ¿cuáles son los problemas a resolver?

—Después de suprimida la estación central del metropolitano, en la Glorieta del Emperador Carlos V, se proyecta el agrandamiento, iluminación y ordenación de tráfico, puesto que constituye una de las entradas a Madrid por carretera y ferrocarril, y debe ser un digno remate del suntuoso Paseo del Prado. Yo he propuesto al Ayuntamiento que, en la calle de Alfonso XII, sean suprimidas las columnas centrales del alumbrado, y el ensanche de la calzada, estrechando la acera izquierda que linda con el Retiro, que por no tener edificaciones podría perder gran parte de su anchura para favorecer el extraordinario tránsito que dicha vía tiene por enlazar con la zona industrial del Pacífico.

—¿Más reformas?

—Sí, señor. Igualmente podría ser suprimido el andén central de la Avenida de Menéndez Pelayo, ganando este terreno para la instalación de tranvías en las dos direcciones, como medio económico de transporte que comunique la zona del Pacífico con la calle de Alcalá.

—¿Y el parque del Retiro?

—Debe ser dotado de iluminación permanente que permita al vecindario disfrutarlo de manera constante, y al mismo tiempo, que deje de ser una zona de separación entre las barriadas que lo circundan, para convertirle en una bella comunicación permanente entre las mismas, para lo cual es de capital importancia unir la calle de O'Donnell y la Glorieta del Emperador Carlos V con la moderna y residencial colonia del Niño Jesús, por medio de una nueva vía de tránsito rodado, que empezaría en la Glorieta del Ángel Caído y terminaría en dicha colonia, y enlazaría al mismo tiempo con la carretera de Valencia, por el lugar en donde ahora está el antiestético paredón que cierra el Retiro en la Avenida de Menéndez Pelayo. Dicho paredón debe ser derribado para abrir en él, no sólo una amplia vía de acceso, sino una hermosa vista de floresta del Retiro, que adorne la expresada avenida en su parte derecha, frente a la plaza del Niño Jesús.

—¿Más obras a realizar en este ejercicio?

—Ya fué hecha la tira de cuerdas del proyectado Mercado de Menéndez Pelayo, en la calle de Valdearribas. Construcción de suma importancia, porque evita que un gran núcleo de población tenga que desplazarse a los Mercados de Santa Isabel y Vallecas. Asimismo se tratará la prolongación de la calle de Juan de Urbietta, entre las calles de Cabanillas y la nueva carretera de Valencia o Avenida del Mediterráneo. Y la terminación del tramo de la carretera de Valencia, desde la Plaza de Mariano de Cavia al Arroyo Abroñigal. Y estimó también que debe ser ordenada la circulación, en sentido único, de todas las calles comprendidas en el perímetro de Atocha, León, Prado, Carrera de San Jerónimo, Paseo del Prado y Atocha, dada la gran cantidad de vehículos que circulan por las mismas, produciéndose grandes taponamientos, con riesgo de atropellos y deterioro de aceras, que se ven obligados, los vehículos, a saltar. Es conveniente asimismo limitar, a ciertas horas, el paso por dichas calles a los camiones de gran tonelaje, con el fin de evitar deterioros en las calzadas, a causa del poco firme que tienen las mismas.



MIGUEL PRIMO DE RIVERA.

Por el distrito de Buenavista nos habla don Miguel Primo de Rivera Cobo Guzmán, conde de San Fernando de la Unión. Resume así los problemas resueltos o a resolver:

—El distrito de Buenavista no tiene, en realidad, problemas grandes ni difíciles que resolver, y por ello en el año pasado no se puede decir que se haya conseguido ninguna obra de carácter brillante, pues una de las más delicadas, que es la del Mercado de Hermanos Miralles, por di-

ficultades de orden administrativo, no ha podido todavía ser solucionada como esperábamos, y por ello sólo algunas obras de menor importancia son las que han podido realizarse.

—¿Y son estas obras...?

—La apertura de la nueva y amplia calle que, desde la plaza de Manuel Becerra, unirá la Avenida de los Toreros y llevará el nombre de Gómez Ulla. Esta vía servirá para descongestionar el nudo de comunicaciones del Puente de Ventas. También tiene importancia la ampliación de los laterales del Paseo de la Castellana, límite del distrito, y las obras de reforma del estanque en los jardines de Bellas Artes, así como las aceras alrededor de estos jardines.

—Sigamos con las obras.

—Ampliación de la calzada en la calle de Alcalá, entre Velázquez y Villanueva, y de la calle de O'Donnell, frente al parque del Retiro, divisoria del distrito, y las nuevas pavimentaciones de las calles de Antonio Mercé, Nuestra Señora de Guadalupe, Amorós, Pilar de Zaragoza, Grijalba, del Alcázar, María Teresa y otras. En estas obras se han invertido más de 23 millones de pesetas, en total.

—¿El problema más difícil a resolver?

—Es, en realidad, su envejecimiento, pues está todo planteado con pobreza. Así resulta que lo que era antes un barrio de lujo, hoy no lo es, pues sus calles resultan estrechas para el tráfico actual, sus casas pobres, no sólo de presentación, sino de renta. Esto sólo podría resolverse mediante ordenaciones urbanas de gran volumen, que exceden las posibilidades de la Tenencia de Alcaldía y que habrán de ser acordadas, como vamos a proponer, con carácter general.

—Sigamos con los problemas de cara a este 1957 en curso.

—Para 1957 nos queda por resolver el problema indicado del Mercado de Hermanos Miralles y la creación de un parque infantil en el corazón del distrito, en la mauzana comprendida entre las calles de General Mola, Juan Bravo, General Pardiñas y Mañonado. La mejora del arbolado es otro problema que me gustaría resolver, pues con las obras de ampliación de algunas calles, como la calzada de la de Goya, tendrán que desaparecer las viejas y pobres acacias, por lo que se-

ría ideal en este momento replantar el arbolado con especies de mejor sombra y apariencia, como las que adornan la calle del General Martínez Campos. Este es un problema difícil, pues mientras se quitan los viejos árboles y se plantan los otros, habrá una buena temporada de quejas y protestas, justificadas en su momento; pero esperamos que al final los resultados sean lo suficientemente halagüeños para afrontar semejantes protestas. Para terminar, insistimos en que los problemas que quedan pendientes son los de carácter general del distrito, cuyo embellecimiento deseamos; pero esto supera las posibilidades de la Tenencia de Alcaldía.



ALEJANDRO RUIZ DE GRIJALBA.

Son breves las respuestas del Teniente de Alcalde del distrito de Tetuán, don Alejandro Ruiz de Grijalba, marqués de Grijalba.

—El mayor problema resuelto ha sido el abastecimiento de agua de Lozoya al barrio de Fuencarral.

—¿Y los problemas a resolver?

—Primero: hallar viviendas para poder alojar a los vecinos de las casas declaradas en ruina, total o parcial, en el distrito. Hasta el momento hay ocho fincas en estas circunstancias, con ciento diez familias, que suman cuatrocientas personas afectadas. El segundo problema es el de que la Comisaría de Ordenación Urbana resuelva la situación definitiva de toda la zona que comprende la barriada del que fué antiguo término municipal del anexionado Ayuntamiento de Fuencarral, determinando las zonas verdes y edificables, ya que este problema está en estudio desde hace varios años y

conviene su pronta solución para dar impulso a las nuevas construcciones en aquellas restantes barriadas. El tercer problema es la resolución del destino que ha de darse a los términos de la antigua Plaza de Toros de Tetuán y acometida de las obras que han de ejecutarse para quitar de allí el zoco que existe desde hace varios años.



CAMPOS PAREJA.

Don Joaquín Campos Pareja, del distrito de la Latina, nos explica sus problemas.

—El problema más gordo a resolver es el de la nueva Gran Vía de San Francisco. Debe ser urgente y rápida la solución, porque resuelve el dejar una sola dirección en la calle de Toledo. Hay que solucionar también el problema de los inquilinos que por allí viven. Se les darán algunas de las tres mil casas que se construyen en Vallecas y se pueden construir allí diez mil viviendas, en el espacio que ahora ocupan mil quinientos vecinos.

—¿El problema más grande de los resueltos?

—Uno que llevaba treinta años sin resolver: las aguas de Santillana en el barrio de Aravaca.

—¿Más proyectos?

—Nunca faltan. Por ejemplo, el del Mercado de la Cebada, que el Ayuntamiento acordó ya derribarlo y hacer uno nuevo. Instalaremos un centro asistencial en la carretera de Aravaca, en la que se producen muchos accidentes. Parece ser que se solucionará el problema del paso a nivel de San Antonio de la Florida. Allí se hará un paso superior. Y nos siguen preocupando los festejos de las Vistillas. Nuestras fiestas se han hecho ya popularísimas en toda España y queremos continuar así.



SANTIAGO ALVAREZ ABELLÁN.

—Cierra el reportaje, por el distrito de Carabanchel, su Teniente de Alcalde, don Santiago Alvarez Abellán.

—El mayor problema resuelto en este distrito —dice— era el transporte. Con la línea de trolebús Atocha - Carabanchel está prácticamente resuelto. Este trolebús está a punto de empezar a prestar servicio. También se ha resuelto el abastecimiento de aguas, con los depósitos en construcción, que quedarán terminados en breve plazo.

—¿Problemas graves a resolver?

—El de la enseñanza, ya que, debido al aumento de población, puede calcularse que sólo tenemos Escuelas para el treinta por ciento de la población escolar. Hay presentado un proyecto al excelentísimo Ayuntamiento, tendente a dotar al distrito de los grupos escolares necesarios.



FRANCISCO NIDO.

—Don Francisco Nido Méndez, del distrito de Ventas, explica:

—El problema más importante resuelto en la Tenencia de Alcaldía durante este último año ha sido, sin duda alguna, el del abastecimiento de agua de Lozoya a la parte alta del distrito, después de vencidas las di-

ficultades de la caducidad que la concesión a «Cantabria, S. A.», antigua concesionaria del servicio, había producido, así como la subsiguiente asunción del mismo por el Canal de Isabel II, que en la actualidad lo presta con absoluta eficiencia. Falta, no obstante, instalar algún depósito de agua más y construir el ramal que la conduzca hasta la barriada de Canillejas, importante zona residencial en un futuro muy próximo.

—Actualmente ¿cuáles son los problemas más importantes a resolver y en qué momento encontrarán solución?

—Tres, a mi juicio, los problemas más importantes a resolver. El primero de ellos es la construcción de la llamada pista del Abroñigal, cuya ejecución ha dado comienzo ya, a cargo del Ministerio de Obras Públicas, entre lo que será la prolongación de la calle O'Donnell y la Avenida de América. La ejecución de este importante proyecto que, como antes aludo, es extramunicipal, cambiará absolutamente la fisonomía del distrito, y no sólo en el aspecto urbanístico (pues con él desaparecerá el chabolismo existente en la zona), sino en el más concreto y singular de la circulación y tráfico. La pista en proyecto cortará perpendicularmente la carretera de Aragón, donde ésta tiene precisamente su nacimiento, y su construcción permitirá pasar de una a otra vía mediante rampas de acceso en ambas direcciones. Tiempo de solución: el previsto por Obras Públicas.

—Segundo problema.

—La urbanización de la carretera de Aragón, arteria principal del distrito, transformándola en una gran avenida y dotándola de una nueva ordenación para el intensísimo tráfico que por ella circula. Este proyecto no será completo si no va acompañado de aquellos otros que tiendan a urbanizar plenamente todas las calles que tienen su nacimiento en la misma carretera de Aragón, dotándolas de alcantarillado moderno, buena pavimentación y excelente alumbrado. La urbanización de otros sectores no menos importantes podría hacerse paulatinamente, valiéndonos de las ventajas que nos brinda el denominado presupuesto de urbanismo, creado por la llamada Ley de Regulación del Suelo, que permitirá dichas urbanizaciones a partir del año próximo, con indicación en

cada caso concreto de la zona o polígono afectado. Estos interesantes proyectos podrían ser una realidad en un período de dos o tres años.

—Y el tercer problema.

—El proyecto de construcción del edificio con destino a la Tenencia de Alcaldía del distrito, de necesidad evidente para la mejor prestación, al vecindario, de los servicios burocráticos. Pretendemos instalarla en un lugar que, a ser posible, constituya el centro mismo del distrito, donde se hallen reunidos todos los servicios municipales que afecten a sus habitantes, incluyendo la instalación de un moderno equipo quirúrgico, de indudable necesidad para la zona. Estas obras, si la situación de la Corporación lo permite, podrían llevarse a cabo en año y medio.



LUIS ALVAREZ MOLINA.

Don Luis Alvarez Molina, Teniente de Alcalde del distrito de Chamartín, contesta a nuestras preguntas:

—¿El problema más grande resuelto en su zona?

—El del abastecimiento de aguas de Lozoya a toda la zona de Arturo Soria hasta la autopista.

—¿El problema más importante a resolver?

—El agua de toda la zona suburbial del distrito. Espero que se resuelva en este año.



EUSTERIO DE JUANA.

El Teniente de Alcalde de Vallecas, don Eusterio de Juana Movellán, nos expone sus problemas. Los más importantes, resueltos en 1956, han sido los que pasa a referir:

—Reforma de pavimentación. Mejora del abastecimiento de agua con la traída al pueblo de Vallecas y la nueva arteria que desde el Canal del Este baja para reforzar el suministro del Puente. Instalación de varias fuentes públicas en los barrios de Pálomeras y Buenos Aires. Mejoras del transporte de viajeros al pueblo de Vallecas, en el que de tres coches diarios se ha pasado a siete, de ma-

yor capacidad. Se ha mejorado también el servicio de tranvías del Puente del Centro, aumentándose con cuatro nuevas unidades.

—Actualmente ¿cuáles son los problemas más importantes a resolver y cuándo cree usted que encontrarán su solución?

—Uno: es muy necesario continuar las urbanizaciones y pavimentaciones. Dos: hay que solucionar el problema del transporte de viajeros, de suma gravedad en este distrito por el constante aumento de población. Tres: continuación, hasta su solución total, del problema del suministro del agua. Y cuatro: continuar la construcción de viviendas y escuelas, cada día más necesarias. En cuanto a la fecha en que estos problemas encontrarán solución, depende, y a ello estará condicionado, del problema económico general del excelentísimo Ayuntamiento de Madrid.

Y así cerramos esta interesante encuesta, en la que diez de los doce Tenientes de Alcalde que hay en Madrid expusieron la labor realizada en el pasado ejercicio y la que se disponen a llevar a cabo en estos momentos. Son ellos trabajadores infatigables que luchan en pro de un Madrid mejor. Y sus problemas constituyen, sin duda alguna, un tema de máximo interés para los madrileños, que son, en suma, los lectores de VILLA DE MADRID.

ANTONIO D. OLANO

(Fotos Guillén.)

BIBLIOGRAFIA

Por J. LEAL FUERTES

CÉSAR GONZÁLEZ RUANO: *Madrid*. Con un apéndice dedicado a la visita al Museo del Prado por Enrique Lafuente Ferrari. Editorial Noguer, S. A. Barcelona. 47 págs. y fotografías fuera de texto.

EL extraordinario desarrollo del turismo ha tenido lógica repercusión en la literatura. En una época todavía no muy lejana, en la que las relaciones entre los pueblos apenas si existían, los libros de viajes eran sumamente raros, y en la mayoría de los casos reflejaban opiniones personales, carentes casi siempre de objetividad, lo cual daba lugar en ciertos casos a una completa deformación de los hechos. Por el contrario, en nuestros días, ir de un sitio a otro, salvar distancias de centenares de kilómetros o trasponer las franteras, son acontecimientos normales y cotidianos, estimulados por la gran facilidad de los medios de transporte y la profusa propaganda de las agencias turísticas. Como consecuencia de ello aparecen multitud de obras destinadas a divulgar monumentos artísticos, vestigios históricos y paisajes de singular belleza. Dentro de este género tienen especial significación las «guías», en las que se advierte un triple objeto: mostrar al viajero lo más notable y digno de verse en los lugares que visita, evitándole pérdidas de tiempo, conservar un recuerdo de lo que se vió y permitir a los que no disponen de otros medios, viajar con la simple lectura de un libro, que, al fin y al cabo, es también una forma bastante cómoda y económica de conocer el mundo.

A este género de obras pertenece el volumen dedicado a Madrid, con texto de César González Ruano y una escogida selección de fotografías, publicado (ya en segunda edición) por la Editorial Noguer, en su colección «Andar y Ver. Guías de España». El autor no se limita a una mera presentación de piedras venerables, tesoros artísticos o modernos avances en materia de urbanización. Por encima de esto hay algo que da carácter a la capital y que, dentro de ella, diferencia los viejos rincones cargados de historia, de las modernas y luminosas avenidas; el Madrid íntimo y galdosiano de fin de siglo, todavía con pintorescas notas provincianas, de la urbe cosmopolita actual, con sus rascacielos, hoteles, salas de espectáculos y barrios residenciales. González Ruano ha acertado a distinguir ese «algo» que constituye la quintaesencia de lo genuinamente madrileño. Reconociendo, como en la genial greguería, que «una pedrada en la Puerta del Sol mueve ondas concéntricas en toda la laguna de España», sitúa el autor en la irregular plaza el punto de partida de sus itinerarios y desde ella conduce al lector por la calle de Alcalá, alegre y luminosa, bajo el imperio de la Cibele, verdadera reina de Madrid; el Prado y sus artísticas fuentes, el Retiro «laberíntico y misterioso, romántico y barroco», el viejo Madrid «íntimo, confidencial y un tanto provinciano», el Madrid castizo, la plaza de Oriente, la Moncloa, etc.

MADRID

CÉSAR GONZÁLEZ-RUANO



Todos los itinerarios están trazados con suma concisión, huyendo de lo que pudiera resultar farragoso y complicado. Algunas apreciaciones, por ejemplo, las referentes al Madrid nocturno, los cafés literarios, en vías de desaparición; los amaneceres que descubren «un Madrid inédito, aldeano e imprevisto», constituyen positivos aciertos al sorprender aspectos para otros inadvertidos.

Cierra esta Guía un apéndice dedicado al Museo del Prado, redactado por Enrique Lafuente Ferrari. La importancia de nuestra pinacoteca, posiblemente única en el mundo por la gran variedad de escuelas y estilos en ella representados, justifica la necesidad de estas páginas, en las que se contiene una magistral síntesis de tan preciado tesoro artístico.

La parte gráfica, ordenada con especial esmero, procura resaltar lo más significativo de cuanto aparece descrito en el texto. Sin perder de vista los aspectos histórico y artístico de nuestra urbe, que, naturalmente, constituyen el motivo principal, no faltan fotografías que revelen las recientes realizaciones urbanísticas. Sin perjuicio de admitir, como el propio González Ruano afirma, que lo importante de Madrid, su gracia, su estilo, su luz, su movimiento, su enorme personalidad, no cabe en una guía, hay que reconocer que la publicación que comentamos conduce hábilmente a entender nuestra capital.

Piso BAJO

NOVELA MADRILEÑA
POR RAMON GOMEZ DE LA SERNA

(CONTINUACION)

Había que retenerla. Todos los caminos estaban abiertos para ella, y en sus oídos, de peligroso laberinto, podían entrar todas las palabras.

Ella creía —se veía en su rostro resplandeciente— que el mundo que veía era nuevo, prometedor, seguro.

«¡Pobre padre! —parecía decirle al mirarle—. Te traigo un poco de la alegría que he encontrado por ahí y que ya sólo me está reservada a mí y sólo a mí me sonrío.»

XIV

«Me teñiría por ella», piensa el viejo al verla pasar.

Pero a todos se les escapaba, pues en esa edad no se puede contar con ella, que siempre tiene los sueños más lejos que por donde camina.

Serpentinas de piropos caían sobre ella, pero todas las rompía y continuaba viaje. Era como enamorarse del movimiento de rotación de la tierra, que todos saben que es la vida del día, pero que nadie ve ni ha visto, que es sólo lo que da presente al presente, lo que va por debajo del viejo vivir.

Hay que pasar como ella, pero enterándonos gracias a su aparición de lo que es estar pasando, la palpitante pasión que hay en pasar, porque estas horas de este día no volverán más, pero habrán sido evidenciadas por la ilustración de la niña.

No cumplirá nada de lo que promete; caminará lenta y cansada tirando de tres niños, pero el caso es que en la tarde de agosto hace que brote la música secreta de las copas de fino cristal y las botellas de anís, como xilofones la toquen un aire de comparsa.

«Somos pobres, tenemos sueños modestos, pero al ver a la niña todo se nos vuelve mejor, más esperanzado, con brillos de espejos con refulgencias de sol.»

«El café es malo —piensa el de la ventanilla del bar—, pero ha pasado la muchachita con cola de jar-

dín y lo ha hecho bueno y, además, me voy a beber el vaso de agua, que me va a saber a gloria.»

«No están bien las fachadas de las casas, pero la recién empollada mujer las revoca con la fresca mantequilla del revoco.»

Madrid entero vive nuevos matices, pues vive de armonías del contacto, y hasta al salpicar de un charco en una bonita tarde, le bautiza y asperga de encanto, de rosquillas y lunares en la falda o en el pantalón.

Madrid tenía el misticismo de sus nuevas menores. Temía por ellos, las velaba, y las porteras miraban con severa indignación a los que las acompañaban.

Toda la ciudad contaba con ellas: «¿Por dónde camina Olvido?» «¿Por dónde va Olvido?»

«Está por las Ventas, u está por Chamberí», respondía una transmisión de faroles.

No preguntaba Madrid por nadie más, ni por la bellísima mujer de veinticinco años, ni por la treintañera segura en su paseo y en sus compras.

Los escaparates tienen que ver con esas muchachas que pasan, y la relojería de los cien mil relojes, abrillanta los caparazones de sus orificados y niquelados relojes.

Todo estaría más viejo y destartelado si no fuese por ellas, que, aunque amen el folletín de la vida, son antifolletín.

Rejuvenecen calles y plazuelas, y las terrazas de los cafés adquieren interés gracias a ella.

La niña aún está pálida entre la hierba de la vida. Se busca a sí misma y la buscan. Pero ni ella ni nadie la podrá encontrar.

No la encontrarán jamás el día ese en que la toca la lotería de la vida, en que comienza a tener frontispicio con embestimiento de chivita.

El beso largo que la podría destapar hasta llegar a su alma y que sólo en su momento tendría comunicación con lo más hondo de su clausura, será como un acto fallido, pues ni ella se atrevió a llamar, ni nadie coincidió con ella.

Sólo una comunicación de éstas se producirá cada dos siglos, y se llevarán a la cárcel por violador al que la consiga.